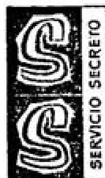

SS
SERVICIO SECRETO
BB
¡HAN FUSILADO A MI ESPOSA!
joe mogar

JOE MOGAR

¡HAN FUSILADO A MI ESPOSA!

1.ª EDICIÓN
ENERO - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 25043 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 4949/62

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
783 — La orgullosa de Fowles.

En Colección FUFALO:
393 — Alias Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:
644 — La muchacha china.

En Colección CALIFORNIA:
275 — La dama del puma.

En Colección SALVAJE TEXAS:
340 — "Sonora Jim".

En Colección COLORADO:
270 — Luciérnaga del oro.

En Colección KANSAS:
146 — El que hierro mata.

En Colección BRAVO OESTE:
88 — Dos balas de plata.

En Colección PUNTO ROJO:
30 — No mates a un periodista.



A MODO DE PRÓLOGO

Este prólogo lo escribió una mujer.

Una mujer japonesa.

Y lo escribió el 10 de diciembre de 1941, setenta y dos horas después de que los japoneses, sin previa declaración de guerra, atacaran por aire y por mar la escuadra norteamericana anclada en Pearl Harbour[1].

Todo había pasado ya en apariencia, aunque el estado de alarma seguía no ya en Pearl Harbour, sino en todas las islas Hawái.

La mujer, Katinka San, joven, hermosa, como una delicada porcelana, nerviosa. Pensaba en su marido, el comandante de navío Cass H. Lyman, al mando de un submarino que patrullaba en pleno Pacífico.

En su marido, que ya habría recibido la orden de regresar a la base de Pearl Harbour. Y en su marido, en fin, que no la vería más.

Katinka sabía esto.

Estaba nerviosa, solo por dentro, ya que sus rasgados y un tanto oblicuos ojos, y en general su exótico y bello semblante permanecía impasible.

Lo sabía desde el mismo momento en que sus compatriotas, el día 7 del mismo mes, arrasaron la base.

Por eso, veinticuatro horas más tarde, Katinka estaba arreglando las maletas.

Ahora, a punto de cerrarlas quedó pensativa unos segundos. No sabía qué hacer con la poderosa automática que había a su lado. Si llevarla encima o bien guardarla en la maleta.

Al fin optó por esto último y la guardó. Cerró la maleta, se quitó el vistoso quimono y acto seguido se vistió con una sencilla blusa y una falda rameada.

Con aquel atavío, Katinka semejó más que nunca una bella y exótica porcelana.

Hecho esto se sentó, se puso las medias, procuró que las costuras estuvieran bien rectas y lanzó una mirada en torno.

Luego fue a la ventana. Había infinidad de patrullas que se movían por entre los escombros a lo cual había quedado reducida la base. Katinka sonrió duramente y abrió la otra maleta.

Estaba colocando algunas prendas en su interior cuando llamaron a la puerta.

Katinka no hizo el más leve gesto de asombro o de temor. Su semblante exótico, bello y oriental, permaneció completamente impasible. Lo único que se notó en ella fue su casi momentánea y absoluta inmovilidad.

Pero fue solo cuestión de un segundo, ya que en el acto se volvió hacia la puerta. No llegó a dar un paso. Una voz, procedente de la ventana, la inmovilizó en el acto.

—Le ruego que no se mueva, *mistress* Lyman. Sentiría tener que proceder de otro modo bien distinto.

A pesar de la orden recibida, Katinka giró hacia la ventana. Pero lo hizo lentamente, hasta enfrentar con sus ojos rasgados y negros como el infierno al teniente Jim Murdock, que con una metralleta en la mano la enfilaba desde el mismo alféizar.

Katinka vio detrás del teniente a tres soldados más.

Entonces curvó sus gordezuelos labios en una sonrisa un tanto burlona.

—¿A qué se debe esta visita, teniente Murdock? —preguntó—. Y nada menos que con una metralleta en las manos. ¿Viene a detenerme o a matarme? Sea lo que sea, le ruego que entre. Los amigos de mi marido son los míos, aunque prefieran entrar por las ventanas y armados hasta los dientes.

Murdock no hizo caso de las burlonas frases de ella y saltó al interior del pabellón seguido de sus soldados. Pero al hacerlo, no perdió ni un segundo de vista a Katinka, cuyo rostro permanecía de nuevo impasible como una máscara.

Apenas si los soldados, hubieron entrado, Murdock hizo una seña a uno de ellos y este abrió la puerta de la calle. El sargento Pete Ricks

entró por la puerta llevando detrás de él a otros tres soldados…

Katinka les miró a todos y después clavó los ojos en el teniente.

—Bien, teniente —dijo—; supongo que me explicará esto, ¿verdad?

Por toda respuesta, Murdock encaró al Sargento Ricks.

—Encárguese de ella, sargento —dijo duramente—. Si intenta algo, mátela.

—A la orden, señor.

Enfiló la automática contra el pecho de Katinka y Murdock bajó entonces la metralleta mientras los soldados ocupaban la puerta y la ventana.

Hecho esto, Murdock se acercó a una de las maletas y la abrió. Rápidamente fue vaciándola, tirando las prendas al suelo, de cualquier forma, mientras Katinka le miraba con su rostro inescrutable.

Al fin apareció la automática, pero nada más.

Miró la otra maleta y después enfrentó a la mujer.

—¿Dónde lo guarda, *mistress* Lyman? —preguntó.

—¿Dónde guardo el qué, teniente?

Murdock no replicó. Se daba cuenta de que por aquel camino no adelantaría nada. Katinka, con el estoicismo propio de su raza, nunca diría nada que no le conviniera decir.

Por lo tanto se acercó a la otra maleta. Fue entonces cuando los ojos negros de Katinka tuvieron un chispazo, que nadie vio, ya que fue algo fugaz como un relámpago.

Murdock abrió la maleta y la vació.

Prendas y más prendas. Muchas de ellas de absoluta intimidad. Pero nada de lo que buscaba. Clavó de nuevo sus ojos en aquel bello rostro, encontrándose con que Katinka le miraba a su vez llena de ironía.

—Bien, teniente; ¿quiere decirme ahora qué es lo que busca con tanto ahínco en mi casa, tendré que esperar la vuelta del comandante H. Lyman para que pida explicaciones al Alto Mando, o en su defecto al teniente coronel Presley?

—Puede hacer lo que quiera, si cree que está en su derecho, *mistress* Lyman —replicó Murdock—. Yo solo me limito a cumplir con mi deber.

—En este caso, ¿cuál es su deber, teniente? Comprenderá que necesito una explicación clara y precisa. Deseo saber cuánto antes a qué se debe este allanamiento de mi casa, en ausencia de mi esposo el comandante Lyman.

Murdock fue a abrir la boca para replicar, pero el sargento Ricks se adelantó a sus deseos.

—¿Me permite una sugerencia, señor? —preguntó.

—Hágala, sargento.

—¿Me permite que sea yo quien revise esas dos maletas?

Murdock le miró un tanto asombrado y después volvió los ojos a Katinka. Nada en ella le dijo si las palabras del sargento la habían afectado o no. Serena e impasible, la joven les miraba a los dos.

—Haga lo que guste, sargento —replicó Murdock.

Ricks enfundó la automática y se acercó a las maletas. Estuvo mirando la primera que había abierto Murdock y pronto la desechó, para acto seguido tomar la otra.

Los ojos de Murdock no se apartaban de él, mientras que Katinka, ahora sentada en una butaquita, le observaba también.

Ricks, como guiado por un sexto sentido, estaba pasando los dedos por el interior de la misma, hurgando con la uña por las junturas. Su sexto sentido, si es que verdaderamente existe un sexto sentido, no le engañó aquella vez.

La doble tapa de que se componía el fondo de la maleta se desprendió, y ante los ojos atónitos de Murdock apareció una gran cantidad de dinero, pero en billetes japoneses.

Pero aquello no era todo. Katinka, la joven esposa de un oficial norteamericano, llevaba también dentro del doble fondo de la maleta, documentos y planos, no solo de la base, sino de todas las islas Hawái.

Una bonita y clara documentación, que de caer en poder de los nipones, haría que los Estados Unidos anduvieran de cabeza durante mucho tiempo.

Murdock dejó de examinar los documentos y después miró a Katinka, que tan impasible como siempre, fumaba ahora con absoluta tranquilidad.

—¿Qué tiene que decir a esto, *mistress* Lyman? —preguntó con manifiesta dureza.

Katinka le lanzó el humo al rostro y replicó:

—Nada que a usted le importe, teniente —se puso en pie—. Lléveme donde sea, y déjese de hacer preguntas que no voy a contestarle.

—Bien, acompáñeme —la miró largamente y agregó—: No deseo llevarla a ninguna parte, *mistress* Lyman. Solo deseo matarla. Pero matarla por mí propia mano. Y no me remordería la conciencia después. Solo lo sentiría por una cosa. Por Cass. Él no tiene la culpa de haberse casado con una perra japonesa.

Katinka sonrió, hizo una reverencia a estilo japonés y replicó:

—Cuando quiera el honorable teniente Murdock, Katinka San le seguirá.

Salieron sin más palabras.

Aquella noche Katinka pidió papel para escribir y escribió estas líneas.

Ella puso aquí el punto final, pero el resto lo supe mucho después, y por mediación del teniente Murdock, el hombre que mandó el pelotón que la fusiló al día siguiente.

Dijo que Katinka, antes de morir, le rogó que me dijera que la perdonara, y que procurara olvidarla a ella, a su recuerdo y a su traición.

Esto fue lo que me esperaba en la base de la isla Oahu, donde queda Pearl Harbour, cuando regresé a ella, para ponerme a las órdenes del teniente coronel Alfred Presley, el hombre que condenó a muerte a mí esposa.

Pero fue por poco tiempo. Pedí el traslado a otro sitio. Pasó algún tiempo, pero al fin llegó, y con aquello perdí de vista un puerto muy hermoso, bello y exótico, como lo era o lo fue Katinka, pero maldito para mí.

Durante mucho tiempo patrullé por el Pacífico, hice la guerra submarina, protegí convoyes, destruí escuadras japonesas, pero la muerte me despreció una y otra vez, hasta que cansado de todo, decidí formular una petición en espera de que el Alto Mando del Pacífico no la encontrara demasiado extraña, esto si no me tomaban por loco, que todo pudiera ser.

Cursé la petición. Empezaron a pasar los meses. Los nuestros contraatacaban en el Pacífico. Guadalcanal, Iwo Jima, Okinawa, habían caído. Pero quedaba lo principal.

Quedaba Tokio.

CAPÍTULO PRIMERO

De nuevo las islas Hawái.

No me gustaba aquella orden, pero no tenía más remedio que acatarla.

No me gustaba nada volver a Pearl Harbour.

A ningún oficial le gusta presentarse de nuevo, al cabo de los dos o tres años, al mismo lugar de donde una vez tuvo que marcharse, huyendo como un cobarde, de los recuerdos y de las miradas de los propios compañeros.

De los mismos oficiales que un día te saludaron, bebieron contigo, y alternaron con sus esposas en fiestas, reuniones y en infinidad de sitios, y que después te negaron hasta el saludo, en privado se entiende, ya que en asuntos militares esto no podía ser en modo alguno.

Como si yo hubiera tenido la culpa de que Katinka…

Es mejor no pensar, a pesar de que frente a mí, cada vez más cerca, tengo a Pearl Harbour.

Tres años he tardado en volver. Tres años, y yo había prometido no hacerlo nunca.

Desde la chorreante cubierta del submarino, con los gemelos en los ojos intenté buscar una cara conocida entre la oficialidad que deambulaba por el muelle.

No pude reconocer a nadie por el momento. Tal vez el submarino estaba aún demasiado lejos del muelle.

Al fin, y con una hábil maniobra, el submarino atracó suavemente y descendí a tierra procurando mirar al frente.

Procurando no desviar la vista hacia ninguno de los oficiales que había en el muelle, alguno de los cuales conocía bien.

Una voz, que sonó a mí izquierda, me hizo detener:

—Un momento, señor.

Me volví y el soldado se cuadró en el acto y saludó. Devolví el saludo. Entonces él añadió:

—Tengo ahí el "jeep", señor. El teniente coronel Presley me ha mandado que viniera a buscarle.

—De acuerdo. Vamos —repliqué.

Subí al "jeep", y minutos después volábamos hacia el Estado Mayor.

Un cuarto de hora más tarde cruzaba la puerta del despacho del teniente coronel Presley.

Seguía sentado detrás de la vieja mesa, tan vieja como él mismo, y

tan dura como aquel semblante que me estaba mirando a través de los gruesos cristales de sus gafas, mientras yo avanzaba a su encuentro.

Sé que había más jefazos en el despacho, pero yo no tenía más ojos que para aquel hombre, que se puso en pie extendiendo la mano para saludarme, apenas llegué a la altura de la mesa.

Vacilé en extender la mía. Tal vez aquello estaba mal, muy mal, y más en plena guerra, y teniendo en cuenta que era un superior.

Pero no podía sustraerme a la idea de que aquel hombre que estaba frente a mí, era el que había mandado a mí esposa a la muerte.

Al fin alargué la mano y se la estreché procurando no mirarle.

Acabado el saludo me señaló y presentó a los demás. Tres, sin contarle a él. Les fui saludando uno a uno, con el mayor respeto, ya que todos eran de mayor graduación que yo, y al fin recibí la orden de sentarme.

El teniente coronel Presley sacó tabaco para todos. Acepté el cigarrillo, asombrado de tanta amabilidad, que me confundía. Aquel viejo zorro no hacía nada bueno sin un motivo.

La llamada del Estado Mayor para que me presentara inmediatamente en Pearl Harbour ya había sido en extremo extraña para mí. Ahora aquel cigarrillo acababa de poner el punto sobre la "I", según mi propia opinión.

Fumamos en silencio unos cuantos minutos, al cabo de los cuales Presley clavó sus ojos en mí.

—Su petición ha sido desestimada por Washington, comandante Lyman —dijo con entera sencillez, que me sentó como una patada en la espinilla.

Le miré durante unos segundos sin decir nada y después repliqué un tanto mordaz:

—¿Es para decirme eso por lo que han ordenado que me presente aquí, señor?

Presley clavó sus ojos en los míos y por unos segundos su mirada se hizo irresistiblemente dura, pero la aguanté.

—Solo en parte, comandante —replicó—. Se le ha llamado para decirle que desde este momento deja de mandar el "Vulcano". Estos señores le explicarán a usted lo que desean que haga.

Se puso en pie y le imitamos todos. Saludó a los demás, y después fijó sus ojos en mí.

—Venga a verme luego, comandante Lyman. Estaré en casa hasta bastante tarde.

Dije que así lo haría, y segundos después estaba enfrascado en una interesante conversación teniendo delante de mis ojos un detallado plano de la ciudad del Fuji-Yama.

Tardamos más de cuatro horas en ponemos de acuerdo, y otras tres en ir y venir de Honolulú, donde quedé convertido en todo un señor paisano.

A mi petición, el automóvil oficial se detuvo frente a la casa donde vivía el teniente coronel Presley.

Subí tres escalones de mármol antes de llegar a la puerta, y una vez frente a la misma pulsé el botón del zumbador.

Se me cortó el resuello ante la figura de la doncella, pero no tuve tiempo a silbar ya que ella preguntó en el acto:

—Es usted míster H. Lyman, ¿verdad?

—Sí, preciosa. Yo soy ese…

—Pase —me interrumpió ella secamente—. El teniente coronel le está esperando.

Se apartó para dejarme pasar, cerró la puerta a nuestra espalda y luego me condujo a través de toda la casa hasta un regio y bien amueblado despacho.

Presley se puso en pie para recibirme, pero no me dio la mano, que extendió para señalar uno de los butacones.

—Siéntese, míster Lyman —dijo tratándome a partir de aquel momento como a un paisano—. Me he permitido rogarle que viniera porque deseo ultimar algunos detalles con usted. O mejor dicho, discutirlos si le parece bien.

Le miré en forma penetrante. Con antagonismo también. Presley me sostuvo la mirada, y de pronto dijo:

—¿Por qué no suelta de una vez lo que lleva dentro? Se sentirá mejor si lo hace.

Encendí un cigarrillo sin ofrecerle.

—¿Puedo hablar claro con usted?

—En estos momentos es un paisano, y lo seguirá siendo por mucho tiempo. Puede que le maten antes de que regrese de nuevo a los Estados Unidos. Puede que no vuelva, Lyman. Por lo tanto, diga lo que sea.

Sabía que Presley, al hacer aquella petición estaba pensando en Katinka, y no deseé darle el gusto de verme preguntar, de indagar detalles al cabo de tres años.

Aspiré el humo del cigarrillo y luego lo solté lentamente.

—¿Por qué he de hablar o discutir con usted este asunto? Si mal no recuerdo, usted me dejó solo en su despacho con aquellos tres.

—Cierto. Pero también es cierto que los detalles complementarios se los tengo que dar yo.

—Entonces, ha sido usted quien me ha propuesto al Alto Mando para esta misión, ¿verdad?

—Sí, he sido yo.

—¿Debo darle las gracias por ello, teniente coronel Presley?

Su respuesta, que sonó rápida, me desconcertó.

—Debería hacerlo, pero no espero que lo haga. Y es más, no lo deseo tampoco.

—Bien, voy a hacerle una pregunta. El Alto Mando denegó mi petición y sin embargo, ahora piensa lanzarme a muchas millas de aquí, en una misión tan parecida a lo que yo pedía como una gota de agua a otra gota. ¿Por qué?

—Si sale con bien de la misión responderé a esa pregunta, míster Lyman.

—Y si muero lo haré en la más completa ignorancia, ¿verdad?

—Me temo que así sea, aunque no permanecerá mucho tiempo en ella. No es que lo vaya a saber todo, pero allí precisamente se encontrará con una persona que podrá contarle muchas cosas.

—De acuerdo. Hasta entonces me comeré mi curiosidad —repliqué mordazmente—. Ahora ¿quiere decirme cuáles son los detalles complementarios?

Durante más de un cuarto de hora el teniente coronel Presley, jefe de las fuerzas navales de Pearl Harbour, estuvo dando detalles y más detalles sobre aquella descabellada misión, en la cual yo iba a perder el pellejo con toda seguridad.

Poco después nos despedimos.

Una vez en la calle encaminé mis pasos a un hotel y alquilé una habitación. Tenía tiempo de pasearme y divertirme durante veinticuatro horas seguidas si así me placía, pero en aquel momento deseaba dormir.

Pero no pude hacerlo. Al menos por el momento.

Empezaba a desvestirme cuando llamaron a la puerta.

No soy un mal educado, pero confieso que lancé una maldición en voz baja. Lo suficientemente baja para que del otro lado de la puerta no se me oyera.

Me acerqué a la puerta, corrí el cerrojo y la abrí. Casi en el acto perdí el resuello.

La mujer era pelirroja, y llevaba unos cortos pantalones, hasta medio muslo, con lo que sus maravillosas y morenas piernas quedaban al descubierto.

Una blanca y semitransparente blusa, encima de un exuberante seno, era todo lo que llevaba encima, sin tener en cuenta los zapatos de alto tacón.

Era todo un bombón, como decimos nosotros los americanos.

Un bombón pelirrojo con unos grandes y rasgados ojos grises de intenso mirar, amén de una boca de labios gordezuelos y rojos, que

ahora sonreían divertidos ante mi estupor.

—Creo que se equivoca de puerta, hermana —acerté a decir.

—Y yo creo que no, hermano —me remedó ella—. Usted es el comandante Cass H. Lyman, de las Fuerzas Navales del Pacifico, ¿verdad?

—Yo era todo eso que usted dice, ricura. Ahora solo soy…

—Sé lo que es y a dónde va, míster Lyman —replicó con absoluta tranquilidad—. ¿Puedo pasar?

—¿Por qué no, encanto?

Me aparté de la puerta mientras con un amplio molimiento de mi mano la invitaba a ello.

Después la miré. La miré mientras andaba moviendo pícaramente las caderas, en tanto que sus magníficas piernas se movían en agradable compás.

Se sentó en un butacón y me miró.

—¿Me da un cigarrillo? —preguntó.

Encendí dos, y le puse uno en la boca.

Aspiró el humo con deleite.

CAPÍTULO II

—Me llamo Lena Parris, míster Lyman —se presentó—. ¿No le dice nada mi nombre?

Solo me decía una cosa; que era endiabladamente hermosa y que tenía, sentada, toda la actitud de una tigresa al acecho.

Pero no se lo dije.

Simplemente me limité a replicar:

—No me dice nada en absoluto, preciosa. ¿A qué debo esta visita si puede saberse?

—Puede saberse y se lo voy a decir. Voy a ser su compañera de viaje, míster Lyman.

No me había sentado. Por lo tanto no pude ponerme en pie, víctima de la sorpresa que sentía.

—Nadie me ha dicho nada de esto, Lena —repliqué—. Por lo tanto, lo mejor será que telefonee a la policía militar. Ha venido usted aquí…

Su risa, burlona en extremo, me interrumpió.

—Llámela si quiere, que yo no voy a moverme de este sillón, comandante. Pero antes de que dé un paso hacia el teléfono, debo advertirle que correrá un espantoso ridículo si lo hace así.

Ahora sí me senté, frente a ella, que pícaramente cabalgó una pierna sobre la otra. Acto seguido aspiré el humo, lo expelió por boca y nariz y añadió:

—Nadie le ha dicho nada, porque el comunicado de Washington ha llegado apenas hace quince minutos. He telefoneado al instante al teniente coronel Presley y me ha dicho que me ponga en contacto con usted.

La miré de nuevo de pies a cabeza. No llevaba bolso. Sus piernas estaban deliciosamente desnudas. No podía acertar dónde guardaría un arma caso de llevarle encima.

¿En el seno?

Pudiera ser.

Entonces me puse en pie. Descolgué el teléfono y disqué. Mientras lo hacía, la pelirroja Lena permaneció inmóvil, fumando tranquilamente y con una expresión burlona en su semblante.

Por fin contestaron al otro lado del hilo. El teniente coronel Presley estaba a la escucha.

Dije de inmediato quién era y pregunté:

—¿Conoce a una tal *miss* Lena Parris, señor? La tengo en…

Su risa cortó mi frase.

—Sí. Telefoneó hace unos momentos. Es de confianza, muchacho. Y temo que usted mismo quede para lo sucesivo a sus órdenes.

Aquello no me gustó y así se lo expuse.

—Eso no me gusta. Comprenda que no tengo motivos para…

—¡Sé lo que le pasa a usted, míster Lyman! —me atajó—. Pero esas son las órdenes recibidas de Washington. Claro que si quiere, puede volverse atrás. Nadie le reprochará esto.

—Bien sabe que no voy a hacerlo. Tengo sobrados motivos para ello. Motivos que usted conoce sobradamente, señor.

—Sí. Creo que sé lo que usted quiere decir. Pero no por eso va a dejarse matar, ¿verdad?

Había una ansiedad en su pregunta que me desconcertó momentáneamente.

—No —repliqué—. No pienso dejarme matar, si es eso lo que le preocupa. Cuando ya no le he hecho en pleno Pacífico, cazando docenas de esos monos amarillos, no voy a hacerlo ahora. Descuide, señor; procuraré volver vivo a los Estados Unidos.

—Me alegro que piense así, míster Lyman. ¿Algo más?

—No, nada más.

—Bien, ahora solo me resta desearle buena suerte.

—Gracias, señor.

Colgó sin responder.

¿Buena suerte?

Sí, la iba a necesitar. La íbamos a necesitar, que es lo que debo decir si tengo en cuenta a aquella explosiva pelirroja.

Por unos instantes permanecí con el auricular en la mano, pensando, y después lo deposité en la horquilla. Entonces la miré. Su sonrisa de superioridad, con una buena dosis de burla, me crispó.

—¿Y bien, pelirroja? —pregunté lo más suavemente que pude, dejándome caer en una butaca—. ¿Cuál es su plan?

—Yo no tengo planes —contestó—. Los demás los fabrican por mí. Por ahora, las órdenes que tengo son de ayudarle en todo.

—¿De ayudarme, o de que la ayude yo a usted?

Entornó los ojos.

—Puesto que ya lo sabe, soy yo quien reclama la ayuda de usted, comandante.

—De acuerdo. ¿Cuáles son sus órdenes, general?

Creí que se enfadaría, pero al parecer Lena tenía bien desarrollado el sentido del humor, ya que replicó en el acto y sin perder la sonrisa después de consultar rápidamente su relojito de pulsera:

—La primera, manifestarle que me lleve a bailar por ahí. Sé que en

Honolulú hay varios clubs nocturnos. Tengo mi coche a la puerta del hotel.

—¿Y la segunda?

—Esperar órdenes.

—Pues es una pena, preciosa.

Se puso en pie.

—¿Por qué comandante?

—Porque creí que la segunda sería ordenarme que la besara.

Arqueó la ceja y me preparé, pero la pelirroja me sorprendió de nuevo.

—Lléveme al hotel donde me alojo, comandante, y me cambiaré de ropa —dijo—. Después, puede que me interese saber cómo besa usted.

Dio media vuelta y salió de la habitación sin darme tiempo a replicar. La seguí. Un "Ford" ocho plazas estaba estacionado frente al hotel. Lena se acomodó frente al volante, y diez minutos después estábamos frente al hotel donde se alojaba.

Subimos lentamente por la escalera. Lena abrió la puerta, se apartó a un lado para dejarme pasar y luego cerró a nuestra espalda.

Cuando me volví a mirarla me sonrió.

—Ahora, comandante —dijo—, si tanto interés tiene en besarme, puede hacerlo.

Vino a mí, y antes de que lograra reaccionar, antes de que pudiera contestarme a la pregunta que me había formulado "in mente" de si ella se estaba burlando de mí, la tuve entre mis brazos, y noté en mi boca el fuego de sus labios.

Unos minutos más tarde se separó con el rostro un tanto enrojecido.

—Voy a cambiarme, Cass —dijo mientras la blusa subía y bajaba impulsada fuertemente por lo que había debajo—. Dentro de aquel armarito encontrará bebidas, si es que quiere beber —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Le han dicho alguna vez que besa muy bien, Cass?

No repliqué, ni ella tampoco me dio tiempo para ello, ya que no bien terminó de hablar, dio media vuelta y desapareció por una puerta que calculé sería su dormitorio.

Después que me dejó solo fui al pequeño armario y en un vaso me serví una buena dosis de *whisky*, que apuré de un trago. Después lo llené de nuevo y me senté en un diván forrado de rojo.

Pensaba en Katinka.

Pensaba en la muerte de Katinka, y en el Destino que me deparaba ser acompañado en mi misión por una mujer que no tenía nada de hielo en sus venas.

Lena. Parris.

Una mujer de no más de veinte años. Con todo lo que una mujer debe tener y con fuego en sus labios.

Una mujer hermosa. Demasiado hermosa para mí gusto. Una mujer que iba a ser mi compañera al otro lado del “telón de bambú”.

Un verdadero peligro para mí.

No deseaba sucumbir en los brazos de otra mujer. Pero ¿tendría la suficiente fuerza de voluntad para ello?

A juzgar por lo ocurrido minutos antes, decididamente no. Y más si se tiene en cuenta que la pelirroja sabía mucho en materia de besos.

Volvió a cortarme el resuello cuando la vi aparecer con un costoso vestido blanco, corto, mostrando con alguna profusión sus magníficas rodillas y toda su espalda, casi hasta la cintura.

Zapatos también blancos y medias de costosa seda.

—¿Nos vamos? —preguntó apenas salir de su habitación.

—Te he preparado un *whisky*, ricura —dije tuteándola repentinamente.

—¡Oh! Gracias, Cass. Eres un sol —replicó tuteándome también—. Lo beberé tranquilamente y después nos iremos.

Tomó el vaso y se lo llevó a los labios. Mientras bebía pregunté:

—Entonces, como cosa lógica, tú sabes mi misión, ¿no?

—Sí, claro.

—Supongo —añadí siguiendo el hilo de mis pensamientos—, que la tuya corre pareja a la mía, y que por lo tanto debo recibir las órdenes de ti, ¿no es eso?

Me sonrió levemente.

—Escucha, Cass —replicó—. Sé por experiencia que en la mayoría de los hombres les molesta ser mandados por una mujer. Por lo tanto, he pensado no darte ninguna, a no ser absolutamente necesario. Creo más bien que esta misión la llevaremos a cabo, mucho mejor si trabajamos en conjunto y en plena armonía.

Al punto se me ocurrió una frase mordaz.

—¿Es por eso por lo que has dejado que te bese, Lena?

—No seas estúpido, Cass —replicó—. Me has besado porque también lo deseaba yo. Pero en este beso no ha influido para nada nuestra mutua ayuda. Puedes creerme.

Y lo creí.

Bebimos en silencio durante unos minutos, al cabo de los cuales pregunté de nuevo:

—¿Quién es Yeddo, Lena?

Dejó de beber y mantuvo unos segundos el vaso, completamente inmóvil, a la altura de sus rojos labios. Después bajó el brazo y lo depositó encima de la mesa.

—De eso sé tanto como tú, Cass. Sé que tenemos que reunirnos con él. Una vez juntos tomar las fotografías pertinentes y al mar. Nos estará esperando un submarino que emergerá a la superficie a las doce de la noche, y se sumergirá a las doce quince. Muy pocos minutos, Cass. Tendremos que movernos aprisa.

—Eso creo yo —repliqué con escepticismo—. Tres días son muy pocos días.

—Seis —rectificó ella.

—Sí, contando con los días en que el submarino permanecerá a la expectativa. Pero aun así, es demasiado poco tiempo.

—Tenemos que conformarnos con eso. Cass.

—¿Crees que no lo sé? Bueno, dejemos esto por esta noche y vámonos.

Al fin nos fuimos y estuvimos bailando casi toda la noche. Luego, ya apuntando el sol, regresamos a Pearl Harbour.

El día lo pasamos juntos y parte de la noche también. Luego, veinticuatro horas más tarde, un submarino zarpó de la base llevándonos a los dos.

Mientras navegábamos, iba pensando en devolverle al Japón parte del golpe que me habían dado a mí, al convertir a mí esposa en una espía.

CAPÍTULO III

La actuación de la mujer fue premiada con una cerrada ovación.

En una de las apartadas mesas, situada en uno de los rincones más oscuros del club nocturno “Uji”, de Tokio, los ojos de tres hombres relampaguearon de codicia mirando la escultural figura femenina.

Una diosa de belleza pagana y exótica. Una hurí de Oriente.

Un cuerpo maravilloso de líneas esculturales, unos ojos rasgados, profundos y negros como la mata de pelo que le llegaba casi hasta la mitad de la espalda desnuda.

Ella, Mikito Yamoto, atravesó por entre las mesas y fue a la barra. El obsequioso *barman* le sirvió un vaso de una bebida refrescante mientras la mujer se veía rodeada por un sinfín de admiradores, la mayoría de los cuales vestían uniforme militar del ejército del Imperio del Sol Naciente.

En la apartada mesa los ojos de los tres hombres seguían reluciendo cada vez más.

Cuchicheaban entre sí.

Tres japoneses más. Uno de tantos entre los millones de habitantes que tiene Tokio.

Mikito ladeó su linda cabeza y recorrió con los ojos la abigarrada multitud mientras repartía sonrisas en torno. Finalmente, y mientras bebía a pequeños sorbos, miró la mesa.

Una tenue sonrisa que nadie vio se dibujó en su boca de labios un tanto abultados y rojos.

Fue algo verdaderamente imperceptible.

Tres policías imperiales. Tres, y los tres vistiendo de paisano.

Había mucha policía por aquel entonces en Toldo y sus alrededores. Demasiados entre paisanos y militares.

Mikito dejó el vaso sobre el mostrador y luego, jugando graciosamente las caderas, se acercó a aquella mesa.

Ninguno de los tres nipones se levantó al verla llegar, si bien sonrieron.

Sin decir nada, Mikito se sentó frente a los tres, estiró las piernas desnudas y después las cruzó con un maligno gesto de vampiresa occidental. Los tres nipones vibraron al unísono, y al unísono también cambiaron entre sí miradas de complacencia.

El primero en hablar fue el capitán de la policía imperial, Yamagosi:

—Una bonita actuación, Mikito.

La mujer sonrió:

—Gracias, capitán. Dediqué este baile para usted.

La ancha cara de Yamagosi se iluminó con una fugaz sonrisa, después quedó tan impasible como un buda de bronce.

—Espero que algún día lo haga para siempre. Para mí solo, Mikito.

Aquello fue todo, pero para Mikito era más que suficiente. Sabía que el japonés la amaba, y que algún día, si ella no se rendía, él la obligaría de cualquier modo.

¡Moría y desaparecía tanta gente en aquel Tokio lleno de intrigas y guerra!

Entretanto, los otros dos, subordinados de Yamagosi, permanecían silenciosos, pero sin apartar los ojos de la juvenil figura que tenían frente a ellos.

Después de las palabras del capitán Yamagosi reinó un extraño silencio en torno, que el mismo capitán rompió al cabo de algunos minutos.

—¿Has logrado averiguar algo, Mikito?

Ella denegó con la cabeza.

—No, capitán —replicó—. Y lo siento. Prometí ayudarle.

Yamagosi bajó la voz hasta convertirla en un tenue susurro, y habló mirando en torno, enseñando sus amarillentos dientes.

—Procure darse prisa, Mikito. Al emperador en particular, y a la policía imperial, de una manera estrictamente oficial, no le agradará las demoras en un asunto como este.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? Prometí ayudarle, capitán, pero no he tenido suerte.

El japonés sonrió torcidamente.

—¿Suerte, Mikito, o falta de voluntad?

—¡Capitán Yamagosi…! No me irá a acusar de ser una enemiga de mi propio país, ¿verdad?

Hubo una nueva sonrisa en el rostro del japonés. Después replicó:

—No, al menos por el momento, Mikito. Más tarde ya veremos. Me explicaré —añadió al ver el gesto de ella para interrumpirle—. Hace varios meses le encargué que sonsacara a sus amistades. Y usted tiene muchas, Mikito. Una mujer famosa tiene, necesariamente, acceso a sitios donde la policía no puede ni entrar so pena de sufrir un ruidoso fracaso. Posteriormente he sabido que sus amistades, por lo menos algunas, son un tanto extrañas. Cierto que una mujer joven y bella como Mikito Yamoto puede recibir a los hombres que quiera en su aposento. Es soltera y nadie se lo va a criticar. Pero la policía se siente curiosa por saber quiénes son esos hombres. También tiene curiosidad

por saber si estos hombres, japoneses O no, e incluso la propia Mikito, conocen o han visto alguna vez a un hombre llamado Yeddo.

El semblante de la mujer era tan inexpresivo como el de una esfinge cuando Yamagosi terminó de hablar.

Después ella replicó:

—En otras palabras, capitán Yamagosi, que la policía imperial sospecha que yo pueda tener contacto con ese espía, al parecer americano, o de otro país que esté en guerra con nuestro imperio, ¿no? Entonces, siendo así, ¿por qué la policía me pidió que colaborara con ella?

Yamagosi la tuteó ahora.

—La policía dijo la verdad, Mikito. Pero han pasado los días y no has dado ni la más leve noticia. Sin embargo, algunas noches tienes visita. ¿Qué clase de visita, Mikito?

—Si tanto sabe la policía imperial, ¿cómo es que aún no ha logrado averiguarlo? Y otra cosa, capitán Yamagosi. ¿Desde cuándo una mujer soltera y japonesa debe dar cuenta a la policía del emperador, de que tiene un amigo o un amante…?

Yamagosi se puso en pie, y Mikito le imitó en el acto, seguida por los otros dos policías.

—Eres sospechosa, Mikito —avisó el japonés con una sonrisa—. Si no te amara tanto, no te diría esto. Ve con cuidado de ahora en adelante —bajó aún más la voz y añadió—: Lo único que podrá salvarte, Mikito, es que traigas noticias de ese Yeddo.

—Pero yo…

—Eso es todo, Mikito.

Dio media vuelta y abandonó el local. Mikito quedó en pie, junto a la mesa, con los ojos clavados en la puerta por dónde había desaparecido el capitán de policía.



Mikito enfilo la metralleta

Después de unos minutos de permanecer completamente inmóvil, Mikito giró en redondo y fue al mostrador. Bebió un nuevo vaso de algo refrescante y después se alejó de la barra, recta a la escalera situada al fondo del salón.

Subió por ella, y cinco minutos más tarde estaba en el interior de su camerino.

Se desvistió.

Una sencilla blusa, una ancha y corta falda fue todo el atavío que se

puso para salir. Después tomó el bolso, que abrió para comprobar de nuevo si la carga de la automática estaba en buen estado, y efectuado esto con entera satisfacción, salió del club por la puerta trasera.

Junto al bordillo de la acera había un pequeño “Ford” de su propiedad. Mikito subió a él, y segundos después atravesaba Tokio a buena marcha, por la carretera de la costa hacia Yokohama, pero Mikito no llegó allí ni mucho menos.

Antes ya se tuvo que detener, como todas las noches, en el puesto de control, donde dos centinelas nipones, después de pedirle la documentación, más por rutina reglamentaria que por otra cosa, ya que era bien conocida, levantaron la barrera y la dejaron pasar.

Cuatro millas más adelante, Mikito desvió el coche hacia un ancho camino vecinal, lleno de baches, y un cuarto de milla después lo volvió a desviar para adentrarse ahora por un camino particular.

Diez minutos más tarde estaba en su casa.

Mikito estacionó el automóvil detrás de un espeso seto, cruzó el camino, subió unos cuantos escalones y luego abrió la puerta principal de la quinta.

Cerró a su espalda, y en la más completa oscuridad subió a su dormitorio. Allí sí encendió la luz. Hecho esto fue a la ventana y la abrió, Permaneció en la misma, al parecer admirando la noche, más de un cuarto de hora, al cabo del cual la abandonó, para acto seguido apagar la luz.

De nuevo a oscuras, Mikito se sentó en la cama y allí permaneció, sumida en hondas reflexiones por espacio de una hora más.

Pensaba en muchas cosas. En lo peligroso que se estaba volviendo Tokio para ella, y todo por culpa de aquel sagaz capitán de policía.

Mikito empezaba a tener miedo.

Sabía que no debía tenerlo, o se exponía a perder los nervios, que tan necesarios le eran en aquellas circunstancias.

Revisó de nuevo la automática. Perfecto. No faltaba ni un proyectil. Mikito se levantó del borde de la cama y fue al armario. Abrió una de las puertas y tomó unos zapatos de suela plana, de crepé, que cambió por los que llevaba de alto tacón.

Hecho esto, sin encender la luz, sin tomar el bolso, introdujo la automática entre los senos y abandonó la casa. De nuevo frente al volante del “Ford”, Mikito condujo hacia la carretera con los faros completamente apagados.

Una vez en ella, apretó el acelerador hasta el máximo y el pequeño automóvil voló sobre el asfalto, siempre en dirección a Yokohama, pero lo mismo que cuando abandonó Tokio, tampoco llegó a dicha población, sino que mucho antes abandonó la carretera para internarse

a través del campo, entre espeso boscaje, hacia un puente semiderruido, por debajo del cual corrían las aguas de un arroyo bastante profundo.

Mikito detuvo el "Ford" bajo los árboles, descendió de él y se internó por la vegetación en dirección al arroyo. Una vez en este, se quitó los zapatos planos, las medias y lo cruzó.

Durante unos minutos, Mikito miró en torno y luego escuchó, con la mano derecha cerca de la potente "Magnum" que reposaba en su cárcel de seda y carne.

Empero todo estaba tranquilo.

Mikito respiró un tanto satisfecha y después se acareó a un tupido matorral, de entre el cual sacó una bicicleta. Subió a ella y se alejó pedaleando rápidamente por un estrecho y serpenteante camino…

Dos millas más abajo aparecieron unas ruinas de lo que en tiempos debió ser un caserío.

Mikito dirigió la bicicleta rectamente hacia allí, pero descendió de ella mucho antes de llegar, y ahora, caminando bajo los árboles, llevando la "Magnum" en la mano, avanzó lentamente hacia las ruinas.

Llegó a ellas sin novedad alguna.

Y miró. Miró a todos lados, como presintiendo algo fuera de lugar.

¿El silencio?

Mikito supuso que era eso lo que flotaba en el aire. Un extraño y tenso silencio.

No era como otras veces.

El silencio de aquella vez se diferenciaba de los otros. Mikito no sabía definirlo, pero había algo de siniestro y mortal en aquel silencio que reinaba entre las ruinas.

Mikito vaciló antes de avanzar un solo paso más, pero al fin lo hizo, con el dedo tenso sobre el gatillo de la automática.

Penetró en el interior de ellas por lo que antaño debió ser una puerta. Saltando por entre los escombros, llegó al centro de lo que fue una hermosa habitación.

Mikito estudió atentamente los alrededores, pero ni el más leve rumor llegó a ella. Entonces se inclinó alargando la mano hasta aferrar una argolla de mohoso hierro, y tiró de ella.

La trampilla se levantó dando paso a una oscura y estrecha escalera.

Sin vacilar penetró por el hueco, cerrando acto seguido la trampa sobre su cabeza.

Debía estar bastante acostumbrada a aquel sitio, ya que bajó en la más completa oscuridad. Y nadie, de haberla visto en aquel entonces, hubiera dicho que Mikito estaba librando una sorda batalla.

Pero una sorda batalla consigo misma. Una batalla contra sus nervios que amenazaban estallar, con su miedo próximo al terror.

Tanteando en la oscuridad, Mikito logró encontrar un cabo de vela con el que solía alumbrarse las veces que estaba allí.

Lo encendió con un fósforo, y después de depositarlo en un carcomido cajón, giró la vista en torno.

Mikito se llevó las manos a la boca, seguramente para ahogar el grito que pugnaba por salir de su garganta, pero aquel gesto solo duró un segundo. Después toda su actitud semejó la de una esfinge pagana.

Luego, y de una forma muy lenta, Mikito se acercó al cadáver y se arrodilló a su lado venciendo la repugnancia que sentía al hacerlo.

CAPÍTULO IV

El hombre no era japonés.

Era un americano.

Estaba completamente degollado. La cabeza separada del cuerpo, y bañado en un mar de sangre. Mikito tembló al verle y su mano se crispó en torno a la “Magnum”.

Se encontraba desnudo, y en su cuerpo, esbelto y atlético en otro tiempo, se veían marcadas las bárbaras huellas de la tortura. Por tener, llevaba incluso, entre las uñas y la carne, astillas de madera a las cuales, después de clavarlas, habían prendido fuego.

¿El capitán Yamagosi?

Mikito juraría que sí.

Miró en torno.

La pequeña emisora de onda extra-corta estaba completamente destrozada, tal vez a golpes de machete. Mikito volvió a mirar el cadáver y a pesar del estoicismo e impasibilidad de su raza, no pudo por menos de estremecerse, preguntándose qué sería lo que había hablado y a quiénes habría descubierto con sus declaraciones.

¿A ella misma?

Mikito estaba segura de ello. De no ser así, Yamagosi nunca se hubiera comportado con ella de aquel modo.

¿Qué hacer?

¿Abandonarlo todo y correr hacia la costa?

No podía hacerlo. No podía, sin antes consultar por radio, y ahora la pequeña emisora estaba materialmente hecha astillas. Ella se sentía incapaz de repararla.

Ella y cualquiera. Según se desprendía del informe montón de chatarra, aquello no tenía arreglo posible.

¿Qué hacer? ¿Regresar de nuevo a Tokio?

Si lo hacía, aquello sería la muerte para ella. Pero una muerte horrible. Como la que debió ser para aquel desgraciado cuyo retorcido cuerpo tenía ante sus ojos.

Mikito apretó de nuevo la “Magnum” entre sus dedos, y muy lentamente abandonó el sótano de la casa en ruinas.

Amanecía cuando dejaba la bicicleta escondida cerca del puente y subía de nuevo al “Ford”.

Mikito regresaba a su casa, dispuesta a presentarse en el club, a la noche siguiente, para dar la batalla si la cosa se presentaba así.

Sabía, intuía que iba a morir, pero también sabía que de ella dependían la vida de muchos hombres. Japoneses los unos. Americanos los otros… y en fin, de todas las partes y razas del globo.

Esto lo entendía ella, pero nunca lo entendería Yamagosi ni ninguno de los hombres del Imperio del Sol Naciente.

Mikito introdujo el “Ford” en el garaje de su casa, subió a su habitación, y se tumbó sobre la cama completamente vestida.

Fumó cigarrillo tras cigarrillo hasta que la luz del nuevo día disipó las negruras de la noche.

Entonces se levantó, y lo hizo pensando en el famoso Buda de Kamakura.

El día transcurrió monótono para Mikito, yendo de la ventana al centro del *hall* y de este a la ventana. Así una y otra vez, como una fiera enjaulada.

Esperando de un momento a otro la llegada de la policía, pero llegó la noche sin que nadie se presentara en la casa.

Ahora, de nuevo frente al volante del pequeño “Ford” Mikito avanzó velozmente hacia Tokio. Entró en el “Uji” por la puerta principal. El capitán Yamagosi estaba sentado en la mesa de siempre, y Mikito se acercó a él con una semisonrisa en la boca.

—¿Hay noticias, Mikito?

La pregunta del capitán de policía se le antojó burlona. Le miró atentamente, pero tampoco a ella le dijo nada aquel semblante pétreo como una roca.

Acabó por sonreír, diciéndose que sus temores eran infundados. Joe Sanders no debía haber hablado a pesar de la atroz tortura a que le sometieron.

De haberlo hecho, ella estaría también muerta, o en su defecto detenida en espera de ser juzgada.

—Aún rio, capitán Yamagosi —replicó sonriendo—. Pero tengo esperanzas de que esta misma noche podré decirle algo en concreto. Recibí una visita anoche… Un amigo…

—¿Va a venir aquí?

—Eso dijo. Quiere verme actuar.

—¿Oriental?

—No. Un americano según creo. Por lo menos eso es lo que me dijo cuándo le conocí.

Yamagosi permaneció en silencio unos cuantos minutos, en los cuales su mente trazó rápidos planes que fue desechando uno a uno con la misma rapidez, para solo quedarse con el que le deparaba el presente.

Mikito podía muy bien estar mintiendo; mentía aunque en Tokio, y en todo el Japón, hubiera europeos y americanos que aún no habían

sido molestados por la policía, toda vez que colaboraban con ellos.

—De acuerdo, Mikito —replicó con voz oscura—. Espero que me lo señales tan pronto llegue.

—Descuide, capitán Yamagosi, que así lo haré.

Con una sonrisa y una inclinación de cabeza, Mikito se despidió de Yamagosi y empezó a subir la escalera que debía conducirla a su camerino.

Detrás de ella, los ojos del japonés brillaron en forma inusitada, y no se apartaron de su grácil y provocativa silueta hasta que Mikito hubo desaparecido de su vista.

Entonces, Yamagosi abandonó la silla donde se sentaba y fue a la puerta. Ya en la calle hizo una seña con la mano, y un “jeep”, cargado de policías uniformados se despegó del bordillo y fue a estacionarse frente a la puerta del club.

Yamagosi dio unas breves órdenes guturales, y después regresó a ocupar el mismo sitio de antes.

CAPÍTULO V

Kesimo Hito y Okada Yasi, los dos policías que siempre acompañaban a Yamagosi, estaban dentro del camerino cuando Mikito entró.

No les vio hasta que no hubo encendido la luz. Después paseó la mirada en torno. ¡Estaba descubierta! Todas sus prendas personales estaban completamente revueltas, tiradas por el suelo, y en el más completo desorden.

Los cajones abiertos, y sus papeles habían sido revueltos del mismo modo que sus prendas personales.

Mikito sonrió levemente. Sentía admiración por la impasibilidad del capitán Yamagosi, cuyo semblante y conversación no le habían delatado.

Era toda una trampa.

Mikito volvió los ojos hacia Okada Yasi y preguntó:

—¿A qué se debe esta intrusión? ¿Qué significa este desorden en mi camerino? —le señaló con el dedo acusadoramente—. No me gusta que aquí, en el club, entren hombres en mi camerino. ¿Por qué no se van y ya hablaremos después? ¿O desean que explique esto al capitán Yamagosi?

Ninguno de los dos sonrió.

—El capitán Yamagosi ya sabe que estamos aquí —replicó Hito, adelantándose a los deseos de Yasi—. Como también sabe que venimos a detenerla. Tendrá que venir con nosotros, Mikito. El capitán espera abajo.

Mikito les miró a ambos y después volvió a mirar en torno. Deseaba ganar tiempo. Deseaba, aunque solo fueran unos segundos, distraerlos. El tiempo suficiente para que ella pudiera prepararse y repeler la agresión.

Les miró. Los dos con las armas en las fundas. Sendas metralletas, que no quiso mirar mucho, estaban apoyadas contra la pared, una a cada lado de ellos.

—¿De qué va a acusarme, Okada Yasi? —pregunté fríamente.

—De espionaje.

—¿Espionaje? Por lo que veo, el capitán Yamagosi está loco.

Okada Yasi se puso en pie en unión de Kesimo Hito.

—Nada de locuras, Yeddo —replicó—. Porque usted es Yeddo. El japonés que envía planos junto con la situación de nuestras fábricas de

armamento a los Estados Unidos. ¡Vamos, andando!

Mikito retrocedió un paso y rio. Su limpia carcajada hirió los oídos de los dos japoneses, que por unos segundos perdieron su impasibilidad de piedra.

¿Es que Mikito se había vuelto loca?

No, ella no estaba loca. Simplemente reía, y siguió riendo unos cuantos minutos más. Después les miró.

—¡Cerdos! —mascculló entre dientes y con expresión burlona—. ¿Y han tardado tanto en darse cuenta de ello? —volvió a reír y añadió después—. Sí, yo soy Yeddo. Andando, vamos donde sea, que me interesa saber qué dirá el Consejo de Guerra cuando sepa que nada menos que el capitán Yamagosi, me ha hecho el amor día a día. Sirviendo así a mis planes. No creo que se muestren muy conformes en ello.

Echó la cara atrás y volvió a reír. Después hizo una mueca, retrocedió un paso y escupió al rostro de Okada Yasi.

Yasi recibió el salivazo en medio del rostro. Su reacción no se hizo esperar. Adelantó un paso y disparó la mano.

Mikito recibió el golpe en medio de la cara, dio una vuelta y media completa, trastabilló un poco, y luego, de una manera inexplicable, uno de sus zapatos de alto tacón se enredó con la alfombra.

Acto seguido se vino al suelo. Cayó de cara y quedó allí, ovillada en la alfombra, gimiendo entrecortadamente.

Fueron solo segundos, los suficientes para extraer la "Magnum" de entre los senos. Después se revolvió en el suelo como una serpiente y apuntó.

Vio la cara de astutos de los dos japoneses, y cómo estos llevaban la mano a las fundas de la cadera donde reposaban los revólveres de reglamento.

No les dio tiempo. Mikito disparó por dos veces, y cada uno de ellos, con un agujero en medio de la frente, rodó encima de la alfombra.

Las dos detonaciones no se habían oído fuera. La "Magnum", provista de silenciador, apenas si produjo otro ruido que un leve taponazo. Después ella se puso en pie y paseó la mirada en torno.

Acto seguido se acercó a las metralletas y tomó una, comprobando que estaba completamente cargada. Luego retrocedió de espaldas hacia la puerta. Iba a abrir, cuando unos recios golpes en ella la sobresaltaron.

No replicó. Con el dedo tenso sobre el gatillo esperó a que el que llamaba la abriera, pero tampoco sucedió nada de esto.

Una voz bien conocida de Mikito se dejó oír a través de la misma.

—Su número va a empezar, Mikito Yamoto.

Sonrió duramente mientras bajaba el arma.

—Enseguida voy —replicó aparentando tranquilidad.

Aguzó el oído. Los pasos se separaban de la puerta, Mikito soltó la metralleta y después, con un esfuerzo sobrehumano, arrastró los dos cadáveres debajo del sofá. Hecho esto, abrió la puerta, después de recoger la metralleta y salió al pasillo, dispuesta a rociar de balas al primero que se le pusiera por delante.

Tuvo suerte.

Alcanzó la calle trasera, y resueltamente se encaminó a la principal. Su pequeño “Ford” estaba estacionado frente a la misma, y ella necesitaba un medio de locomoción.

Miró desde la esquina asomando la cabeza. El “jeep” permanecía estacionado en el mismo lugar de antes, pero al verle, Mikito se estremeció. Yamagosi había tomado todas las medidas.

Dentro del club, la música tocaba un bailable a modo de introducción, tal vez para entretener al público en vista de que ella tardaba en aparecer.

Tenía que hacer algo. El “jeep”, que ella no había visto cuando llegó, ya que no se encontraba en aquel lugar, permanecía aparcado muy cerca del pequeño “Ford”.

Resueltamente ahora, y llevando la metralleta escondida a su espalda, Mikito avanzó hacia el “Ford”, mirando con ojos cargados de odio a los cinco japoneses de la policía militar, que permanecían subidos en el “jeep”.

Lentamente llegó junto al “Ford” y abrió la portezuela con el corazón saltándole dentro del pecho.

Pero ninguno de los japoneses prestó la menor atención al vehículo que arrancaba a sus espaldas, para perderse rápidamente por la primera bocacalle y enfilar después, velozmente, con los faros apagados, hacia la carretera de la costa.

Nada había de extraño en la actitud de los japoneses, ya que la orden recibida era la de no perder de vista la puerta ni las ventanas del club y eso es lo que estaban haciendo.

Por lo tanto, Mikito, siempre conduciendo a velocidad suicida, alcanzó la carretera. Una vez en ella, ya cerca del puesto de control, aflojó la marcha y encendió los faros.

Como siempre, tuvo que detenerse, pero aquella vea era distinta. El corazón de la muchacha aceleraba cada vez más los latidos mientras los miembros de la policía militar visaban una vez más su permiso de salida, luchando por no desviar los ojos al fondo del vehículo donde había dejado caer la metralleta.

Al fin el oficial lanzó una orden y la barrera fue levantada. Mikito dio gas y suspiró fuertemente cuando la dejó atrás.

Y fue después, cuando ella doblaba la primera curva, sobre dos ruedas, cuando el timbre del teléfono del puesto de control sonó insistentemente. El oficial corrió a él y descolgó el auricular.

La voz de Yamagosi se dejó oír de inmediato.

—¿Ha pasado la cantante Mikito Yamoto por ahí? Soy el capitán de policía Yamagosi.

—Sí, capitán. Ahora mismo.

Al otro lado de la línea se oyeron unas cuantas maldiciones, después sonó de nuevo la voz de Yamagosi:

—¡Deténganla como sea! Ha asesinado a dos miembros de la policía imperial, y es una espía al servicio de los Estados Unidos. Dese prisa, que yo salgo para allá ahora mismo.

El oficial del puesto de control, colgó el teléfono y acto seguido se puso a dar órdenes en todos los tonos. Segundos más tarde, un “jeep” enfilaba la carretera a toda marcha.

Delante de él de nuevo con los faros apagados. Mikito mantenía a fondo el pedal del acelerador. Lo mantuvo así aún en las curvas, alejándose más, en dirección a Yokohama, y desde allí, si tenía suerte, a Kamakura.

Pensaba en el gran Buda de bronce.

Sus pensamientos los cortó el cono luminoso de unos faros. Miró por el espejo retrovisor. El vehículo venía por la recta como una centella.

Mikito adivinó que se trataba de la policía del puesto de control.

Nada podía hacer. El “jeep” era más rápido, mucho más rápido que su pequeño “Ford”, que ya iba lanzado a todo lo que daba de sí. Tardarían escasos minutos en alcanzarla.

La boca de Mikito se crispó en una mueca. Se inclinó un poco y del fondo del coche tomó la metralleta, dispuesta a morir matando. Todo antes de caer en manos de aquellos fanáticos compatriotas suyos.

El recuerdo de Joe Sanders, brutalmente interrogado y luego asesinado, obraba en ella como un acicate para no dejarse capturar sin lucha.

Mikito llegó a la siguiente curva. Casi la pasaba ya cuando tuvo una idea que conceptuó de genial. Entonces aplicó los frenos poco a poco, hasta que consiguió dominar el “Ford”.

Después dio marcha atrás, maniobró hábilmente y lo dejó cruzado en medio de la carretera, en el centro mismo de la curva. Saltó de él y corrió hacia la cuneta.

Una vez allí salió de la carretera y vino a esconderse entre un pequeño grupo de árboles, con la metralleta enfilada hacia el “Ford”, contando los segundos con cada latido de su corazón.

El “jeep” seguía volando sobre el asfalto de la carretera, a todo gas.

Casi en el acto llegó la colisión.

Hubo un espeluznante ruido de hierros rotos, y el “Ford” fue impulsado por la fuerza del choque hacia la cuneta, donde quedó completamente volcado mientras en el interior del “jeep”, los gritos guturales y las maldiciones se sucedían ininterrumpidamente.

Después todo fue silencio.

Luego, un par de minutos más tarde, Mikito enfiló la metralleta, apretó el gatillo, y la noche se pobló de rápidos y roncos estampidos.

CAPÍTULO VI

Nadie que no haya visto el Fuji-Yama, el monte sagrado del Japón, con sus nieves perpetuas en su cima cónica, puede decir ni describir la impresión de majestuosidad y grandeza que experimenta el viajero una vez que lo tiene frente a sí, recortado contra el fondo azul del cielo.

Esto es lo que me estaba diciendo precisamente mi diablo pelirrojo, mientras que sobre sus muslos sostenía un detallado mapa de Tokio y sus alrededores.

Estábamos los dos sentados en la litera de mi estrecho camarote, mientras el submarino que nos llevaba navegaba a toda marcha, entre dos aguas, hacia Tokio.

Cuando ella dejó de hablar del Fuji-Yama y de las excelencias del paisaje pregunté:

—¿Dónde es el lugar de la cita, tesoro?

Lena me miró largamente antes de replicar.

—Creí que lo sabías, Cass —dijo.

—Lo sabía cuando salí del despacho del teniente coronel Presley, ricura —repliqué—. Pero de esto hace bastantes días, y desde que estamos a bordo, has recibido por lo menos cinco mensajes cifrados. Podían haber cambiado el lugar, ¿no?

—El lugar es el mismo. Tokio. En el club "Uji".

Introduje la mano en la cartera y saqué mi documentación. A partir del momento en que pusiera pie a tierra, mi nombre y mi nacionalidad cambiarían por ensalmo.

Hanz Stolz, natural de Berlín, comerciante, y asentado en el Japón desde hacía ocho años.

Comprendía por qué mi país había adoptado aquella personalidad. Alemania, Italia y el Japón.

A un alemán no le sería difícil circular por el Japón como si estuviera en su propia tierra, y yo sabía hablar japonés y alemán como un nativo.

Aparté mis ojos de los documentos y miré a Lena.

—Oye, preciosa —dije—, ¿sabes si ha habido otro individuo en el Japón con este nombrecito tan simpático?

Me sonrió con los ojos y con la boca. Y la verdad es que sabía hacerlo.

—Sí, querido. Es un comerciante asentado en Kamakura.

Solté un respingo.

—Entonces, si la policía…

—*Herr* Hanz Stolz desapareció hace cuestión de unos quince días. Según parece, hizo un viaje de negocios al centro del país.

—Sí, pero…

—No regresará, Cass. Puedes estar seguro. Lo único malo que puede sucederte, es que en Tokio lo conozca alguien; pero tendrás que correr el riesgo.

—¿Yeddo? —pregunté.

Ella me entendió en el acto.

—Yeddo o alguno de sus hombres. Lo cierto es que "herr" Stolz ha desaparecido, Cass.

—¿Algo más que no me hayas dicho?

Aquella era la diezmillonésima vez que habíamos empezado aquella conversación, siempre con las mismas o parecidas palabras, siempre con las mismas preguntas y respuestas, y siempre intentando atar algún cabo que se hubiese quedado suelto.

Al parecer no lo había. Todo había sido estudiado cuidadosamente, punto por punto, pero sobre los planos, y no sobre el terreno. Sobre el terreno tendríamos que hacerlo la pelirroja Lena y yo.

¡Todo un señor hueso!

—Nada, Cass —replicó ella mirándome fijamente—. Recuerdas la contraseña, ¿verdad?

—Sí.

Consulté el reloj.

—Ya falta poco, Lena —añadí.

Suspiró mirándome a los ojos.

—Dentro de unas horas estaremos frente al Fuji-Yama, Cass. Esta misma noche.

Calló y yo hice lo propio. ¿Para qué hablar más, si ya estaba todo dicho? ¿Si ya lo habíamos dicho infinidad de veces?

Repentinamente Lena se levantó.

—Voy a intentar dormir un poco, Cass —dijo—. Esta noche ninguno de los dos logrará hacerlo. Por lo tanto te aconsejo que lo hagas tú también.

Antes de que saliera ya estaba tumbado en la litera.

Después no recuerdo nada más hasta que alguien golpeó la puerta unas cuantas veces, despertándome.

Era Lena, y venía a decirme que la última cena a bordo estaba preparada.

Cenamos en compañía de toda la oficialidad, y en el más completo silencio. Después fui a mí camarote donde permanecí hasta las once y cincuenta y cinco minutos.

Entonces me puse en pie, me coloqué la chaqueta, encima de esta la trinchera, introduje la automática en el bolsillo de la misma y me encasqueté el sombrero.

Salí del camarote y me encaminé a la sala de mandos. El comandante del submarino estaba ahora mirando la superficie del Pacífico a través del periscopio con visor nocturno.

Lena, ataviada con una sencilla blusa, una estrecha y corta falda que marcaba todas sus maravillosas líneas, y un bolso de rafia roja, estaba a su lado.

Repentinamente, el comandante se puso a dar órdenes a través del megáfono. Vagamente comprendí que la hora "H" había sonado para Lena y para mí. El submarino iba a emerger a la superficie.

Apenas si pude darme cuenta de nada hasta que me encontré sobre la resbaladiza cubierta. Después oí el silbido del aire y comprendí que alguien junto al cañón de la torreta estaba hinchando un bote de goma.

Después vinieron los apretones de manos, las despedidas, la consabida "buena suerte" y Lena y yo, acompañados de un oficial y tres marinos, armados hasta los dientes, nos metimos en el bote, y este se separó lentamente del costado del submarino.

Comprendí también, que a partir de aquel momento, tenía que vivir alerta y con la automática en la mano. Que tal vez tendría que matar para no ser muerto a mí vez.

No había luna. Y a pesar de no haberla, contra el negror del cielo, se levantaba la mole fantástica y majestuosa del Fuji-Yama. Nos estábamos acercando, y yo no podía apartar mis ojos de él.

Finalmente, el bote tocó la arena sin que ninguno de los que íbamos dentro hubiera pronunciado una sola palabra. Había llegado el momento.

Me puse en pie después de quitarme los calcetines y los zapatos, y ya con los bajos de los pantalones arremangados hasta media pierna, estreché la mano al oficial.

Hice lo propio con los marineros y salté al agua seguido de Lena, que también se había descalzado.

Una vez en la playa, ninguno de los dos volvió la vista atrás. Nos limitamos a correr hacia el acantilado, y una vez entre las rocas, al abrigo de miradas indiscretas, nos detuvimos a descansar.

—Cuando quieras —dije unos minutos más tarde.

Me pareció ver la sonrisa en los labios de ella. Después me llegó su respuesta dada en un tono susurrante:

—Tienes que seguir tú solo, Cass —dijo—. Yo me quedo aquí.

Mi cara debió reflejar profundo estupor, ya que ella se tapó la boca con una mano para evitar que su risa fuera oída. Después añadió a guisa

de explicación:

—Las últimas noticias que he recibido se refieren concretamente a eso, Cass. Tenemos que separarnos. Tú continúas solo hacia Tokio.

—¿Por qué?

—Supongo que es lo mejor. Yo, desde aquí, me encaminaré a Kamakura. Iré a vivir en la casa de… En fin, a tu casa, "herr" Stolz.

—¿Por qué? —repetí de nuevo, y ella frunció su bonito ceño.

—Es mejor, Cass. Suponte que Yeddo, por una cansa u otra, sufre algún tropiezo, ya sabes dónde tienes que verte con él, si no está en ese club nocturno. Entonces vas a casa de Mikito Yamoto. Si ella no está, dirígete al punto C.

Asentí en silencio, después la tomé entre mis brazos y ambos perdimos el aliento. Luego, sin volver la vista atrás empecé a trepar por el acantilado, hacia la carretera que conducía a Tokio. Hacia el automóvil que me estaría esperando bajo unos árboles, junto a un poste de teléfonos.

Un coche "Mercedes" modelo 1940, pintado en negro. Frente al volante tenía que haber un japonés. No me gustaba la idea, pero no tenía otra más agradable en perspectiva.

Seguí subiendo hasta que por fin, y con los pulmones a punto de estallar, logré alcanzar la carretera. Miré a ambos lados de la cinta asfaltada, procurando orientarme hacia Tokio.

Conseguido esto, avancé, siempre por fuera de la misma, pegado a algún que otro árbol, hasta que percibí junto a una cercana curva, un grupo de ellos, y sobresaliendo del espeso follaje, lo que me parecieron ser los hilos del teléfono.

Unos segundos más tarde comprendí que no me había equivocado. Entonces introduje la mano en el bolsillo de la trinchera y empuñé la automática.

Acto seguido vi al automóvil. Un "Mercedes". Me acerqué a él sin tomar muchas precauciones. Incluso llegué a echarle un vistazo al interior, No había nadie dentro.

Aquello me extrañó. Hice ademán de sacar el arma. No pude, porque la voz, viniendo de mi espada, llegó antes. Y se expresó en japonés.

—Levante las manos y no se mueva.

Mascullando una imprecación hice lo que se me mandaba, pensando en si todo aquello no sería una trampa, o es que el hombre tenía miedo y había tomado sus precauciones.

—¡Vuélvase poco a poco!

La orden brotó tajante en boca del japonés.

Obedecí lentamente y le miré.

Ante mí tenía un amarillo de edad indefinible, aunque ya no lo era tanto la metralleta con la que me apuntaba al pecho.

Permanecí en silencio, esperando a que él dijera algo más. No me equivoqué, ya que el japonés habló de nuevo:

—¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí?

Ahora sí repliqué y lo hice en su mismo idioma.

—Estoy buscando mis cerillas.

Lentamente el cañón de la metralleta se apartó de mi cuerpo, y acabó por apuntar al suelo.

—Si las perdió, tendrá que ir hasta Tokio para comprar una caja —avanzó hacia mí y me tendió una mano—. Bienvenido al Japón, comandante Lyman. ¿Nos vamos, "herr" Stolz?

Sonreí sin sorprenderme porque el japonés supiera mis dos personalidades. Sabía, de oídos la forma como trabaja el servicio de contraespionaje.

Subimos al "Mercedes" y mi acompañante ocupó el lugar frente al volante.

El automóvil empezó a rodar, y durante bastante rato ambos permanecimos en silencio.

El silenció lo rompí yo al preguntar:

—¿A qué hora llegaremos a Tokio?

El japonés consultó su reloj.

—Dentro de hora y media.

—A las dos —repliqué después de consultar el mío—. ¿No será un poco tarde para la cita?

Ni un solo músculo de aquel rostro impasible se movió cuando sus labios delgados e incoloros se distendieron en un simulacro de sonrisa.

—El "Uji" no cierra en toda la noche, "herr" Stolz.

Vacilé unos segundos antes de formular la siguiente pregunta. Pero al fin, dando de lado a toda vacilación la formulé.

—¿Quién es Yeddo?

Siguió tan impasible con la mirada fija en el asfalto, como si en vez de un rostro humano, tuviera uno de piedra.

—No lo sé. Nadie lo sabe, "herr" Stolz.

No insistí, aunque sí pregunté:

—¿Continuaremos juntos?

—No. Mi misión con usted termina en las mismas puertas de Tokio. Una vez allí, continuará completamente solo. El gobierno de su país se lo diría así, ¿verdad?

No repliqué a su pregunta, pero hice otra. Por lo visto, mi curiosidad de aquella noche era insaciable.

—¿Nos volveremos a ver?

—Me temo que no —vaciló unos instantes y después continuó—: Escuche, “herr” Stolz. Usted puede preguntar todo lo que quiera, pero yo poco es lo que puedo decir. He recibido órdenes de Yeddo para trasladarle a usted a Tokio, y de retirarme después. Es… Es así cómo trabajamos. Nunca vamos juntos o en grupo. Trabajamos solos, y en muy contadas ocasiones por parejas. De esta forma se evitan las delaciones. La tortura, “herr” Stolz, desata todas las lenguas.

Desde luego llevaba razón. Ahora me explicaba el por qué los japoneses aún no habían logrado descubrir a aquel misterioso Yeddo. El tipo era listo. No le gustaba correr riesgos innecesarios.

Pero, ¿eran de fiar todos sus secuaces? Cierto que los dólares compraban muchas conciencias. Pero, ¿era eso todo?

Decidí no pensar ni hablar más. Por lo tanto, clavé los ojos en la carretera y puse mis pensamientos en una figura de mujer. Mikito Yamoto.

¿Era ella el propio Yeddo?

Tanto si lo era como si no, era con ella con quien tenía que verme en el “Uji”. Caso contrario, esperar. ¿Esperar el qué? ¿La muerte?

CAPÍTULO VII

Fue antes de llegar a Tokio, y al salir de una cerrada curva, al enfilar la siguiente recta, cuando mi acompañante, cuyo nombre había omitido tal vez adrede, o porque no le convenía, cuando aplicó el freno de una manera violenta.

Estuve a punto de salir por el cristal delantero, pero logré apoyar las manos en el marco del parabrisas. Después le miré.

El japonés, por toda respuesta señaló al frente.

—Policía —dijo escuetamente—. Usted manda “herr” Stolz.

Vacilé unos segundos, hasta que comprendí que aquella era una ocasión como otra cualquiera para probar los visados de mi falsa documentación.

—Adelante —repliqué secamente.

—No hay duda de que no le falta valor, “herr” Stolz —dijo.

Pero embragó, y ahora a poca velocidad nos fuimos acercando a la siguiente curva.

Antes de llegar me di cuenta de que había ocurrido una catástrofe. Un automóvil “Ford” de dos plazas estaba completamente volcado en la cuneta, y un “jeep” posiblemente de la policía militar, estaba casi destrozado a pocas yardas del “Ford”.

Pero eso no era todo. Vi algunos bultos en la cuneta y me di cuenta inmediatamente que eran japoneses. Aparte la vista de allí y miré al otro “jeep” y a las figuras que se movían en torno, algunas de las cuales avanzaron hacia nosotros haciendo señas con las manos.

El japonés aplicó los frenos y el “Mercedes” se detuvo a escasas yardas de ellos.

Casi en el acto nos vimos rodeados por más de media docena de amarillos armados todos con pistolas y metralletas.

El momento había llegado. No hice un solo movimiento, e incluso aparté la mano del bolsillo de la trinchera donde reposaba la automática.

Repentinamente, uno de los japoneses, vestido de paisano, se destacó de los demás y abrió la portezuela. No lanzó una sola mirada al japonés que llevaba a mí lado, sino que de inmediato clavó sus ojos en mí.

—¿Quién es usted? —preguntó en inglés.

Me hice el tonto y repliqué en japonés, pero dando a mis palabras un marcado acento teutón:

—No le entiendo —desvié la mirada hacia la carretera y continué sin mirarle—. ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Un accidente?

Los ojillos del oriental estaban fijos en mi rostro cuando me volví para mirarle. Replicó en japonés:

—¿Quiere darme sus papeles?

—¿Quién es usted? ¿Policía?

—Capitán Yamagosi de la policía imperial —me replicó—. Sus papeles, por favor.

Introduje la mano en el bolsillo interior de la americana y la saqué armada de la cartera. Rebusqué en su interior, y después de unos minutos le tendí mi documentación al capitán.

—Ahí la tiene "herr kapitän" —dije hablando ahora en una mezcla de alemán y japonés. Exactamente como si tuviera dificultades para expresarme correctamente en el idioma del Imperio del Sol Naciente.

Yamagosi la tomó de entre mis manos y la leyó atentamente. Después, y, siempre con la ayuda de la lamparilla eléctrica, examinó uno a uno los sellos y las tintas.

Finalmente, y mirándome a los ojos, me la devolvió, logrando asombrarme cuando me interpeló en correcto alemán:

—¿Qué va a hacer a Tokio, "herr" Stolz?

—Divertirme, si puedo, "herr kapitän". Pero no sé por que, tengo la certidumbre de que no va a ser así.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—El algo difícil de definir —repliqué—. Tal vez este encuentro insospechado— y señalé la cuneta de la carretera—, me ha destrozado el sistema nervioso. ¿Qué ha ocurrido? ¿Accidente?

Yamagosi me miró, miró al japonés que llevaba a mí lado y extendió el brazo hacia Tokio.

—Pueden continuar —dijo—. Y no se preocupe por esto. Ha sido un simple accidente.

Le saludé con la mano, inclinó la cabeza en una muda despedida netamente japonesa y el "Mercedes" le dejó atrás rápidamente. Pero antes de tomar la curva que había de ocultármelo, miré hacia atrás.

No tardé mucho en distinguirle.

Yamagosi estaba allí, parado al mismo borde de la cuneta, y aunque no lo distinguí bien, adiviné su rostro astuto vuelto hacia nosotros, y su mirada fugaz y despierta fija en el "Mercedes" que cada vez se alejaba más y más.

¿Hasta cuándo?

Mientras me hacía esta pregunta, decidí entablar de nuevo conversación con mi hosco y silenciosos acompañante, y pregunté:

—¿Qué puede haber ocurrido allí? Sospecho que ese capitán no dijo la verdad cuando se refirió a un accidente.

—No. Yamagosi no dijo verdad. De ser un accidente, él no estaría en la carretera a estas horas.

—Es un policía, ¿no? —pregunté deseoso de saber algo más de aquel Yamagosi.

—Es y no es —replicó al punto mi interlocutor—. Yamagosi solo se ocupa de asuntos de espionaje —me miró fugazmente y luego clavó sus ojos en la carretera—. Me pregunto si no andará esta noche detrás del propio Yeddo.

Sin poderlo remediar solté un respingo.

—¿Qué le hace suponer eso? —pregunté.

—Nada, a no ser que Yamagosi ha jurado por sus antepasados que no descansará hasta prenderle y darla muerte por su propia mano.

—¿Cómo puede ser eso? Aquí, como en todos los países del mundo hay una ley que…

—La ley en estos tiempos, y más contra los espías, es… un poco… ligera, "herr" Stolz. Tenga cuidado de no caer en sus manos. Si así ocurre, procure que no le detenga vivo.

Callé sin saber qué replicar, palpando el bulto que llevaba en el bolsillo de la trinchera.

Más reconfortado con el frío del acero de la automática, me dediqué a pensar en Lena.

¿Qué estaría haciendo en Kamakura?

¿Me había dicho la verdad sobre los motivos de nuestra separación, o había algo más que había callado?

Sumido en un mar de conjeturas continué mirando a través de la ventanilla. Las millas se iban deslizando hacia atrás, y repentinamente, al doblar una curva tuve ante mis ojos la actual capital del Japón[2].

A oscuras completamente. Como una ciudad que espera de un momento a otro sin inminente bombardeo que tal vez llegara algún día, si yo tenía suerte en mi misión.

Nos fuimos acercando cada vez más. Repentinamente fuimos dejando atrás algunas casas, bloques macizos que me parecieron fábricas.

La voz repentina de mí "chófer" me sacó de mis pensamientos.

—A ambos lados de esta carretera, todo eso que se ve, son fábricas de guerra. Pero *camufladas*.

Volví el rostro hacia él.

—No comprendo —dije.

—Es sencillo. Encima, lo que se ve, son fábricas de diversos productos japoneses. Debajo, en los sótanos, es dónde está la verdad de

todo.

Aquello era un dato precioso. Y a pesar de suponer que Yeddo también lo sabría pregunté:

—¿A qué profundidad?

—Unos cincuenta metros bajo la superficie del suelo.

Acto seguido fue dándome detalles técnicos que yo fui archivando en mi memoria.

Acabó de hacerlo, arrimó el “Mercedes” al bordillo de la acera, lo detuvo y me miró:

—Aquí acaba mi misión, “herr” Stolz. Buena suerte.

Nunca he estado en Tokio. Pero no hacía falta. Llevaba un detallado plano del mismo. Miré al japonés que en aquel momento abría la portezuela para descender y pregunté:

—¿Qué calle es esta?

Sonrió. Fue la primera vez que le vi hacerlo y quedé maravillado ante el cambio que experimentó su cara. Después me lo dijo y a continuación explicó:

—No hace falta que saque un plano, si es que lo lleva. El “Uji”, desde aquí no tiene pérdida. Siga rectamente la calle, y cuando desemboque en una ancha avenida, a estilo oriental, tuerza a la derecha. En la misma acera, cosa de media milla, verá el letrero luminoso del mismo. Pero tenga cuidado no pase de largo, ya que ahora ese letrero está completamente apagado.

Fui a darle las gracias, y entonces me di cuenta de que con sus últimas palabras, mi desconocido amigo de unas horas había desaparecido.

Quedé solo.

Solo frente a la muerte, en una ciudad hostil por todos conceptos, y desconocida por demás.

Me situé frente al volante y procuré seguir las indicaciones del japonés.

No me había mentido. El “Uji” estaba exactamente en el sitio que me dijo. Por lo tanto aparqué el “Mercedes” frente a la puerta, bajé un tanto el ala de mi sombrero y descendí del vehículo dispuesto a cruzar la acera y entrar acto seguido en el club.

Lo hice así.

Había gente. Pero nada más entrar, a pesar de las bailarinas y de la orquesta, noté que se respiraba cierto aire de tensión que me desconcertó momentáneamente y al fin acabó por ponerme nervioso.

Había militares y miembros de la policía militar, vistiendo sus vistosos uniformes.

Lentamente me acerqué a la barra, pero una vez frente al *barman* me

abstuve de preguntar por Mikito Yamoto.

Todas mis noticias y mis órdenes al respecto eran que me presentara en aquel club, y que esperara noticias.

Seguí esperando pues, bebiendo de tanto en tanto, y sin coartarme de la barra, con los ojos fijos en lo que ocurría en la pista, y con el oído atento al nombre de las mujeres que desfilaban por ella.

Pero ni por un asomo oí el nombre de la mujer que tenía que entrevistarse conmigo.

Tampoco me atreví a hacer ninguna indagación por mí cuenta. Las miradas de los militares y de la policía estaban fijas en mi persona. Mi traje occidental no era que les llamara la atención, ya que dentro del club había varios. Era simplemente que no estaban acostumbrados a verme por allí y me vigilaban sin discreción alguna.

Por lo tanto, y mientras transcurría el tiempo penosamente, procuré comportarme con naturalidad. Incluso invité a una de las bailarinas, y bailé con ella un poco.

Después, cerca ya de las cinco de la mañana, decidí abandonar el club, con un sentimiento inexplicable de derrota, y con un acusado mal sabor de boca.

Lentamente avancé hacia la puerta seguido por las mismas miradas que no me habían perdido un segundo de vista desde mi entrada en el club, y alcancé la calle sabiendo que solo un camino podía tomar.

Ir a la quinta donde vivía Mikito, y después, si no lograba entrevistarme con ella, retroceder en busca de Lena. Ella era el jefe y por lo tanto la que me tenía que dar instrucciones.

Crucé la acera y me acerqué al “Mercedes”. Acto seguido abrí la portezuela y me introduje dentro. Al ir a cerrarla, algo silbó por encima de mi hombro, y al instante sentí el golpe contra el marco del parabrisas.

Miré.

Un agudo puñal estaba clavado en él, y sujeto al mismo había un papel escrito en caracteres japoneses.

Alargaba la mano para tomarlo, cuando en la calle oí claramente precintados pasos que corrían y después los no menos precipitados de las botas claveteadas da los militares japoneses.

Casi en el acto sus voces de alto, después disparos de una automática y luego un par de ráfagas de metralleta, que culminaron con un alarido espeluznante.

CAPÍTULO VIII

Alargué la mano y tiré del cuchillo. Lo guardaba en el bolsillo de la trinchera cuando les vi.

Cuatro japoneses de la policía militar. Y los cuatro venían hacia el "Mercedes", empuñando las metralletas.

Pero no llegaron juntos. Tres de ellos quedaron atrás mientras la ancha avenida quedaba quieta y vacía, silenciosa, como si estuviera muerta.

Miré, no a los que se acercaban, sino a los que habían quedado atrás. Ambos enfilaban las metralletas hacia el automóvil. Hacia un servidor de ustedes.

Esperé con la mano en el bolsillo tocando el frío acero de la "German Luger". Como buen alemán que era según mis papeles, hasta la automática era alemana.

Repentinamente, uno de los japoneses alargó la mano y abrió la portezuela. Para hacerlo tuvo que dejar de apuntarme con la metralleta, cosa que le agradecí, mientras daba el encendido poniendo el motor en marcha.

—Baja de ahí.

—¿Por qué?

—Queremos ver el papel que llevaba ese cuchillo.

—¿Qué cuchillo?

—Vamos, baja.

Alargó la mano para tomarme del brazo, y entonces embragué apretando acto seguido el acelerador hasta el máximo.

Con un rugido, el "Mercedes" saltó hacia adelante mientras yo sacaba la "Luger". Con el cañón de la misma rompí los cristales de la ventana situada a mí izquierda, y disparé dos veces contra los hombres que me enfilaban con las metralletas.

Cayeron los dos, y doblé el volante hacia la derecha, con el tiempo justo para evitar un farol del alumbrado, mientras que el japonés que había abierto la portezuela rodaba por el suelo.

La rociada de balas que me envió el cuarto se perdió inofensiva a mí espalda, ya que yo acababa de doblar la próxima esquina.

Aceleré rápidamente e hice lo propio al llegar a la siguiente, y así una y otra vez hasta cerciorarme de que nadie me perseguía. Entonces detuve el "Mercedes" pensando.

Estaba seguro de una cosa, de que con aquel automóvil no podría

circular mucho tiempo por Tokio. Su descripción sería radiada en el acto, si no lo estaban haciendo ya en aquel mismo momento.

Dejé la "Luger" sobre el asiento, a mí lado, y saqué el cuchillo. Desprendí el panel y a la luz del "tablier" intenté descifrarlo.

Lo conseguí con algún trabajo.

> "*Herr* Stolz —decía—: Apenas separarnos, he sabido la clase de accidente acaecido en la carretera de la costa. Se trata de Mikito Yamoto. Fue descubierta y tuvo que matar a dos miembros de la policía imperial. Después la persiguieron, y ella sola acabó con sus perseguidores de la forma que usted mismo vio. El capitán Yamagosi ha perdido su pista. Pero, ¿hasta cuándo?
>
> "Márchese de Tokio o perderá la vida. Sin Mikito, Yeddo no es nadie, como tampoco ella lo es sin él. Hágame caso, tome la carretera de la costa y vaya a reunirse con la *miss* americana que espera junto al Buda de Kamakura".

No había firma ni hacía falta.

Y de aquella forma, yo supe que mi desconocido chófer de unas horas había muerto ametrallado, frente al "Uji", cuando trataba de advertirme de lo que me podía ocurrir.

Un sentimiento de cólera se fue apoderando de mí, hasta dejar tamañito a otro sentimiento cualquiera que pudiera tener.

Consulté el mapa rápidamente y de nuevo me puse en marcha. Media hora más tarde alcanzaba la carretera de la costa cuando va las primeras luces del nuevo día asomaban por el horizonte.

Seguí adelante cruzándome de vez en cuando con algún automóvil, esperando de un momento a otro liarme a tiros con cualquier patrulla militar o de la policía.

Tuve suerte, ya que después de consultar de nuevo el mapa me di cuenta de que estaba muy cerca de la quinta donde vivía Mikito Yamoto.

Era peligroso, pero no tenía más remedio que hacerlo. Aquel podía ser un buen refugio para mí durante las horas del día. Pensando en esto, tenía en cuenta la posible certeza de que la policía japonesa ya habría registrado la casa hasta sus cimientos. Por lo tanto, el peligro era mínimo para mí.

La alcancé sobre las ocho y media de la mañana, y detuve el "Mercedes" bajo los árboles, al amparo de un seto. Hecho esto, con la "Luger" en la mano, procurando no ser visto, me acerqué a la casa.

Como ya esperaba, la puerta principal estaba cerrada con llave.

Entré por la parte trasera, por una ventana que daba a la leñera y carbonera, todo en una pieza.

Después, procurando que mis pisadas no me delataran, la recorrí de punta a punta, empezando por el piso de abajo.

Ya en el piso superior di con el dormitorio de ella. Al entrar pensé instintivamente en Katinka, y lo mismo que la primera vez, el pensamiento me hizo daño.

Tal vez Mikito era tan bella y tan dulce como lo fue ella. ¿Dónde estaría? ¿Habría muerto?

Dejé aquellos pensamientos que me hacían daño, y miré en torno. Lo mismo que en toda la casa, en el dormitorio de Mikito también reinaba el más completo desorden.

Monologué en voz baja.

—¡Cuernos! —dije—. Al parecer la policía imperial japonesa no ha dejado nada para mí. Trabajan aprisa.

Como si este pensamiento, hecho en voz alta hubiera sido un acicate, me acerqué a la ventana. Durante mucho rato estuve mirando hacia la carretera, pero nada sospechoso pude ver, por lo que regresé de inmediato junto a la cama.

Procurando tocar los objetos lo menos posible empecé a registrar yo también, pero como había pensado acertadamente, la policía japonesa había hecho un buen trabajo, ya que no pude encontrar nada de interés.

¿Lo habían encontrado ellos?

No lo sabía.

No lo sabía, al menos aquello, aunque sí tenía la certeza de que me encontraba completamente agotado. Tenía que dormir, o de lo contrario no iría muy lejos.

La cama de Mikito era una tentación. Volví a la ventana. De nuevo junto a la cama. Paseé la mirada en torno.

Unos minutos más tarde me sorprendí yo mismo arrinconando muebles contra la puerta después de haberla cerrado con llave. Me dejé caer sobre el lecho con la mano en la culata de la “Luger” y el dedo tenso sobre el gatillo.

No sé cuándo me quedé dormido. Lo único que puedo afirmar sin temor a equivocarme, es que eran las ocho de la noche cuando me desperté con un vago sentimiento de terror.

Pero aquello debía ser producto de mi imaginación, ya que todo estaba en silencio. Silencio que no deseé turbar en modo alguno, y por lo tanto sin encender luz alguna, procedí a dejarme el camino expedito.

Solo cuando la puerta quedó sin obstáculo alguno, y completamente abierta, me acurruqué detrás de la cama saqué el plano y la lamparilla eléctrica y lo revisé.

Antes de tomar directamente el camino hacia Kamakura tenía que hacer algo más. Tenía que buscar unas ruinas. Mejor dicho, un semiderruido puente bajo el cual discurría un arroyo. Después unas ruinas.

Era el segundo lugar donde podía encontrar a Mikito Yamoto.

¿Habría logrado alcanzarlas? ¿Por qué no se presentaba Yeddo? Yeddo tenía que saber forzosamente que yo me encontraba en Tokio o en sus alrededores, así como lo ocurrido en el "Uji" con Mikito.

Abandoné el dormitorio, y bajé la escalera completamente a oscuras, intentando orientarme hacia la puerta principal, sabiendo que para abrirla y siendo de dos hojas, me bastaría con descorrer los pestillos.

Lo hice así.

Ponía el pie fuera del umbral, cuando mis nervios se aprestaron a la defensa, como advertidos por ese sexto sentido del que hablan algunos novelistas.

Me aparté de la puerta y corrí hacia los árboles. Mejor dicho, solo fue un intento por parte mía, ya que apenas si di un paso, los faros de un automóvil me iluminaron completamente mientras el suave ronquido del motor llegaba a mis oídos.

Me lancé a tierra con la automática en la mano, pensando que la policía y el servicio de contraespionaje, trabajaban muy aprisa en el Japón.

Casi en el acto oí la voz:

—¡Alto! ¡Alto o disparo!

¡Y un cuerno me iba a detener yo!

Repté intentando alejarme, y al punto vino la rociada de balas. Vi con entera claridad el trazo luminoso de las mismas y comprendí que estaban disparando con trazadoras para así corregir mejor el disparo.

Levanté la mano y disparé dos veces. Uno de los faros saltó en mil pedazos. La visibilidad fue ahora más escasa. Disparé de nuevo mientras rodaba hacia un lado.

El chorro de trazadoras golpeó duramente en el suelo a pocas yardas de mi cuerpo y se alejó maullando sordamente hacia el espacio. Volví a disparar, y suspiré con alivio cuando el otro faro saltó en mil pedazos.

La oscuridad se hizo absoluta. Me puse en pie y salté hacia los árboles donde me detuve. Fue ahora cuando pude ver el automóvil. Estaba detenido junto al "Mercedes", con todas las portezuelas cerradas. Tenía los cristales bajados y advertí el brillo de las armas.

¿Cuántos eran?

Según mis cálculos, solo una metralleta había disparado contra mí. Pero aquello no quería decir nada.

Me pegué al tronco de uno de los árboles y esperé. Fue por poco tiempo. Apenas un par de minutos.

Dos japoneses saltaron fuera del automóvil disparando como locos hacia los árboles. Me lancé a tierra sabiendo que el ruido de mi cuerpo al caer, sería ahogado por el crepitar de las rápidas armas japonesas.

Di un par de vueltas entre la hierba y el polvo y disparé tres veces consecutivas.

Al instante vi caer a los dos nipones y entonces me puse en pie, yendo hacia el automóvil.

Fue una imprudencia que por poco me cuesta la vida, ya que el tercero, puesto que eran tres, y que permanecía en el interior del automóvil, disparó contra mí con una pistola.

Erró por escasas pulgadas, que le fueron fatales, ya que hice fuego a mí vez mientras me lanzaba al suelo. Oí un tenue gemido, pero no me apresuré. Con una sorpresa por aquella noche ya tenía bastante.

Sin ponerme en pie, arrastrándome, me acerqué a uno de los japoneses muertos, y sin quitar la vista del automóvil le arrebaté la metralleta. Después, siempre del mismo modo me fui acercando al coche.

El japonés estaba caído detrás del volante con un agujero en medio del pecho, algo por encima de la tetilla izquierda. Tenía los ojos abiertos y en su mirada un tanto vidriosa había un odio profundo.

Le interpelé.

—¿Dónde está Yamagosi? ¡Habla, sucio amarillo! Necesito saberlo.

Una burlona sonrisa apareció en su boca.

—¡Perro yan… qui! —replicó con voz ronca y cargada de odio—. Yamagosi te atrapará. Te… están buscando desde hace horas… No… No escaparás.

Su cabeza cayó atrás. Abrí la portezuela, y sin ningún miramiento lo lancé fuera del automóvil. Maniobré en el acto, y salí a la carretera llevando el volante de un automóvil perteneciente al servicio de contraespionaje japonés.

Lo abandoné escondiéndolo junto al puentecillo, y media hora más tarde levantaba la argolla que daba al sótano de aquella casa en ruinas.

El hedor era insoportable. Y entre aquel hedor, que me causaba náuseas indescriptibles, entre aquella podredumbre humana, encontré a Mikito Yamoto.

CAPÍTULO IX

Tres de los japoneses se doblaron casi partidos por la mitad, y el resto saltó del “jeep” a la carretera, parapetándose detrás de él.

Mikito dejó de disparar y retrocedió entre los árboles, pensando en que tenía que apresurarse.

Siguió retrocediendo, procurando orientarse al mismo tiempo hacia el derruido puentecillo. Estaba lejos, muy lejos, pero tenía que llegar como fuera.

Se quitó los zapatos de alto tacón, que escondió entre unas matas, y continuó andando completamente descalza. Hubo un momento en que se detuvo para escuchar.

Un tenue rumor a su espalda le denunció que los japoneses no cejaban en su empeño.

Con los dientes apretados, Mikito se escondió entra unas matas y esperó. No era muy correcto lo que iba a hacer, pero no tenía otra opción. O ellos o su pellejo. Por lo tanto, la elección no era dudosa.

Repentinamente les vio. A los tres.

Mikito levantó la metralleta, se colocó la culata bajo el brazo derecho y disparó.

El tableteo de su misma arma la ensordeció unos segundos, y frente a ella vio caer a dos de los japoneses casi partidos por la mitad. El tercero dio un salta de costado y se arrojó al suelo de cabeza.

Mikito dejó de verle al instante y acalló el arma, dejándose caer también al suelo.

Empezaron a pasar los minutos.

Lentos, pesados, angustiosos, amenazando con hacer saltar sus nervios. Delante de ella, el japonés sudaba con el oído atento. Él también sentía que sus nervios estaban a punto de quebrarse. Tal vez aquella maldita espía estaba retrocediendo amparada por la oscuridad. Tal vez se había ido ya.

Empezó a deslizarse por el suelo en dirección a dónde la había visto caer. Lentamente, procurando no hacer crujir ninguna ramita de las que había diseminadas por el suelo.

Delante de él. Mikito se movió también, con el cañón de la metralleta por delante, sigilosa como una serpiente.

También en silencio, deteniéndose de vez en vez para escuchar el más ligero rumor que le dijera que el japonés que le perseguía había abandonado el sitio donde le había visto caer.

Pero ni el más leve rumor se lo delató.

Pasaron los minutos, más lentos y angustiosos que al principio.

Se vieron al mismo tiempo.

Durante unos segundos el rostro del japonés perdió su pétrea expresión trocándola por otra de estupor y alarma. Hizo un movimiento y ambas armas tronaron al unísono.

Los proyectiles que disparó Mikito tocaron al japonés en la cabeza, y cuando se levantó impulsado por los mismos, el rosario de plomo le abrió en canal hasta la cintura.

Pero Mikito también había sido tocada. Durante unos segundos ella apoyó la frente en la suciedad de la tierra, y después, mediante un esfuerzo de su poderosa voluntad se levantó.

Empezó a andar retrocediendo, dejando la metralleta abandonada. Cayendo aquí, levantándose allá, destrozándose la ropa y los pies, Mikito llegó al arroyo.

Cayó en la misma orilla, y después, respirando anhelosamente se arrastró hacia el agua.

Durante bastante tiempo permaneció con el rostro y manos dentro de ella, y después, vacilando, desgarró la blusa que la cubría y procuró taponarse la herida mientras una extraña y triste sonrisa se perfilaba en su maravillosa boca.

¡Estaba lista!

¡Iba a morir, en su patria!

¡Si pudiera llegar al sótano de las ruinas, haría compañía a Joe Sanders!

Intentó ponerse en pie.

Después de unos cuantos intentos lo consiguió. Empezó a cruzar el arroyo y cayó sobre el agua cuando iba por el centro. Respirando entrecortadamente logró de nuevo ponerse en pie y continuó su camino.

Finalmente Mikito logró llegar a las ruinas. Le costó un poderoso esfuerzo levantar la tapa, y después cerrarla sobre su cabeza.

Ni siquiera reparó en el hedor que despedía el cadáver de Sanders. Con la vista nublada raspó un fósforo y encendió la vela.

Después, sin mirar el cadáver, temiendo perder el sentido, Mikito se acercó a un rincón del sótano y Se sentó en el suelo. Con los dedos hurgó a su espalda.

Momentos después tenía en sus manos un cuaderno y una pluma estilográfica. Empezó a escribir con letra torpe y vacilante, notando que la vista se le nublaba cada vez más.

Finalmente dejó de hacerlo. Como punto final escribió: “Perdón…”

Cerró los ojos y la pluma cayó de su mano.

Mikito pensaba.

En los Estados Unidos. En todo lo ocurrido desde que se puso al servicio de ellos, como espía en contra de su país.

No le remordía la conciencia. Había visto mucho y oído aún más sobre los métodos japoneses en las islas Filipinas, en Birmania, Savo, Kolombangara y muchas más.

Recordó el bombardeo de Pearl Harbour.

Finalmente perdió el conocimiento y ya no lo recobró hasta que notó cómo algo húmedo le mojaba las sienes.

Abrió los ojos, vidriosos, pero llenos de terror, y los clavó en la figura del hombre que inclinado sobre ella, llevando el sombrero puesto y una trinchera, con un pañuelo húmedo con agua le mojaba la frente.

Intentó zafarse de aquellas manos sin conseguirlo y gimió llena de miedo.

Luego, de una manera lenta, paso a paso su atrofiada mente le devolvió parte de su lucidez. Mikito sonrió entonces en una mueca harto dolorosa.

—A… mi espalda… Detrás mío… En… el suelo. Allí es… tá to… do.

Calló respirando fatigosamente.

* * *

Estaba muerta.

Esto fue lo que pensé al verla a la luz vacilante de una palmatoria, pero no era así.

Mikito Yamoto vivía aún, aunque no tardaría mucho en morir. En aquel momento estaba desmayada. Tenía que hacerle recobrar el conocimiento.

Y mientras buscaba agua en torno, procurando dominar las náuseas que me acometían, procurando de paso no mirar aquel cadáver horriblemente mutilado, sentí una sensación dentro de mí, como si el mundo se hubiera vuelto repentinamente loco, mientras una cólera fría se iba apoderando de todo mi ser. Vacilé como si estuviera borracho cuando me acerqué de nuevo a ella y me arrodillé a su lado con el pañuelo empapado en agua, que tomé de un recipiente casi lleno, situado en el rincón más alejado del sótano.

Empecé a mojarle las sienes, mientras una sensación de piedad y ternura invadía todo mi ser al ver el estado en que se encontraba aquella maravillosa y valiente mujer.

Al fin abrió los ojos e intentó por todos los medios separarse de mis manos. Leí el terror en sus ojos y comprendí que por su cabeza estaba

pasando la idea de que se encontraba en poder de los japoneses.

Poco a poco la luz de la comprensión brilló en sus ojos, mortecinos ya, y al punto oí sus palabras, dichas en perfecto inglés, y con absoluta claridad, aunque de entre sus labios brotaron entrecortadamente.

Fui a abrir la boca para decir algo, pero ella me interrumpió:

—Cuando mataron a San… ders… ellos no lograron apoderarse… de los documentos… Yo… los guardo… El diario mío —movió la mano en una dirección y entonces reparé en la pluma estilográfica y en el cuaderno—. Yo… A la costa… Ellos vendrán de nuevo… ¡Oh! Detrás… mío, en el sue…

No dijo más. Su cabeza rodó a un lado, y fríamente, con una frialdad que me asustó, cerré sus ojos. Luego tomé el cuaderno y la pluma y lo introduje en el bolsillo de la trinchera.

Cuidadosamente la aparté de la pared, y en el acto vi la cavidad abierta en el muro del sótano. Introduje la mano y saqué un rollo de papeles.

Sin mirarla me acerqué a la palmatoria y eché una mirada a todo aquello.

Era mucho más de lo que podían esperar los Estados Unidos. Allí había con todo detalle, notas y planos de las principales fortificaciones, de los globos cautivos del puerto, de las fábricas de armamento, y del lugar donde los japoneses guardaban una flotilla de submarinos de bolsillo.

Lo guardé todo y lancé una postrer mirada a la mujer.

Nada podía hacer por ella.

Y era duro, muy duro no poder enterrarla.

¡Mikito Yamoto!

Sentí unos repentinos e irreverentes deseos de reír.

Abandoné las ruinas sintiendo que el suelo temblaba bajo mis pies.

Pero no era el suelo, eran mis piernas las que temblaban, negándose a sostenerme. Pero tenía que salir de allí a toda costa. Tenía que encontrarme con Lena en Kamakura.

Allí le daría los planos y las notas. Solo los planos y las notas. El diario era mío. Era el legado de una muerta. Ella así lo había expresado con su solo gesto.

De nuevo dentro del automóvil policial enfilé la carretera hacia Yokohama. Antes de llegar abandoné la carretera de la costa y tomé la que me conduciría directamente hacia Kamakura.

Bajo el gran Buda encontraría a la pelirroja Lena.

A Lena, a la cual iba a dar una sorpresa que no esperaba.

CAPÍTULO X

Dos millas antes de llegar, en plena noche, abandoné el automóvil dejándolo escondido tras los muros de una casa en ruinas.

Dos millas que tendría que hacer a pie, pero era mejor esto que ser detenido por la policía o por los miembros del servicio de contraespionaje, y con aquellos documentos encima.

Sobre las dos de la mañana alcancé Kamakura, adentrándome por sus estrechas callejas, llevando empuñada la “Luger”. Mi destino era la casa de “herr” Hans Stolz, en donde Lena me esperaría. ¿O tal vez no?

Finalmente encontré el número y me acerqué a la puerta. Empuñaba ahora la automática fuera del bolsillo, y con el cañón por delante. Vacilé un poco antes de apretar el zumbador.

Finalmente lo hice, y en el silencio y quietud de la noche oí claramente el repiqueteo del timbre en el interior de la casa. No llamé más. Esperé.

La espera no fue larga. Apenas unos tres o cuatro minutos. Finalmente la puerta se abrió, y me encontré cara a cara con la automática del 22 que empuñaba Lena.

Vi cómo soltaba un respingo, y cómo en el acto se apartaba de la puerta.

—Pasa, Cass —dijo en un susurro—. No te esperaba tan pronto.

No repliqué, y en el más completo silencio la precedí hasta su dormitorio. Una vez en él, sentados sobre la cama, ambos nos miramos.

—¿Salió bien? —preguntó ella, rompiendo el silencio que ya se estaba haciendo pesado entre los dos.

—Sí. Salió bien —la miré duramente mientras sacaba los papeles del bolsillo—. Ahí tienes lo que veníamos a buscar.

Los tomó entre sus manos sin decir palabra. Así permaneció durante unos cuantos minutos y después habló:

—¿Y Mikito Yamoto, Cass? Tenía que venir con nosotros a los Estados Unidos. Su misión en el Japón ha terminado ya.

La miré con sorpresa.

—¿Desde cuándo sabías esto, Lena?

—Desde el primer día.

Mis ojos se mostraron fríos al mirarla insistentemente.

—¡Cass! ¿Qué… qué te ocurre?

Dejé caer una a una las palabras. Lenta, muy lentamente:

—¡Mikito Yamoto ha muerto, Lena! ¡La mataron los del servicio

de contraespionaje!

—¡Cass!

—¡Cuernos! —maldije roncamente en varios idiomas hasta que se agotó mi repertorio y mi respiración—. ¡Mikito Yamoto!

Y solté la carcajada ante el estupor de ella.

—Bien, ricura —añadí después—. Tú puedes largarte hacia la costa. A partir de hoy, el submarino aparecerá a las doce y desaparecerá a los doce y quince. ¡Aprovéchalo, que yo vuelvo a Tokio!

—¡Pero, Cass!

—¿Tienes los papeles? Pues con ellos el Alto Mando del Pacífico estará satisfecho, ricura. Yo, como te he dicho, vuelvo a Tokio. Y tú harás bien en largarte de aquí —acto seguido le expliqué mi encuentro con el capitán Yamagosi y agregué como punto final—: Yamagosi no es tonto, tesoro. Empezará a atar cabos, y lo primero que hará será venir aquí para registrar la casa de un alemán llamado “herr” Hans Stolz. Si te encuentran, vas a tener una mala muerte. Pero ¿qué importa una vida más o menos si esos papeles llegan a su destino? ¡Farsantes! ¡Esto ha sido la farsa más grande que registra la historia del espionaje, ricura! ¡Una burda y sucia farsa ideada por otros sucios y burdos personajes!

—¡Cass…!

—¡Cierra el pico, Lena! Llevo razón. Por lo tanto, de ahora en adelante me desligo de ti y de todo lo demás. ¿Entiendes, preciosa? Cuando regreses a los Estados Unidos diles eso de mi parte. Díselo también al teniente coronel Presley.

—Tú no irás a ninguna parte, como no sea a la costa, conmigo.

Se puso en pie antes de terminar de hablar. No me moví del sitio, pero la miré atentamente, al acecho.

—¿Vas a tratar de impedírmelo, Lena?

—Si es preciso, sí, querido. Tengo órdenes con respecto a ti. O vienes conmigo hacia la costa o…

—¿Me matarías?

—Tendría que hacerlo, Cass. Compréndelo.

—Me gustaría saber cómo lo vas a conseguir, Lena. No replicó. Repentinamente vi cómo introducía la mano en su amplio escote, y en el acto esta surgió empuñando una pequeña automática.

Salté contra sus maravillosas piernas y Lena y yo rodamos por el suelo, fundidos en un abrazo. La automática escapó de su mano.

Acto seguido se puso a insultarme en todos los tonos, y después, cuando le faltó el aliento, dejó de forcejear, de insultar, y entonces me mordió.

Tuve que golpearla a un lado de la cara. Soltó la presa, y volví a golpearla para sacármela de encima.

Lena cayó junto a la pata de la cama y yo me puse en pie, yendo a recoger su automática.

Cuando me volví a mirarla, Lena estaba sentada en el suelo, mirándome con sus ojos cargados de rencor.

—¿Había necesidad de esto, Cass? —preguntó.

—No. Francamente no. Pero ¿qué hubiera ocurrido de dispararse el arma?

Lena no replicó a aquello. Simplemente hizo una pregunta:

—Misión de castigo, ¿verdad?

—Sí, Lena. Misión de castigo.

—Te matarán, Cass, y yo no podré explicar satisfactoriamente qué fue lo que verdaderamente ocurrió. Y contando con que no te maten, perderás el submarino. Tendrás que quedarte aquí, y caerás más tarde o más temprano. Muerta… ella, no tendrás ayuda de nadie.

Me encogí de hombros.

—Crees de veras que eso me preocupa después de lo que acabo de saber, Lena?

—No, francamente no creo que te preocupe poco ni mucho. Pero esas no son las órdenes que tenemos.

—Ya no me importan las órdenes del Estado Mayor de Washington, ni de todos los estados mayores del mundo. Mi misión acaba al entregarte esos papelotes. Ahora, lo que queda por hacer es cosa mía, ricura —dije yendo ya hacia la puerta—. Adiós. Mis recuerdos al teniente coronel Presley y a todo su Estado Mayor, cariño.

Lena se levantó y vino hacia mí tomándome de un brazo. Me preparé para sacármela de encima de una forma poco correcta, pero no hizo falta.

—Voy contigo, Cass —dijo sencillamente.

—¿Y esos papeles?

—Los dejaremos en sitio seguro. Ya los entregaremos cuando volvamos. El corazón me dice que lo haremos antes de la última noche.

La miré atentamente, sospechando cualquier jugarreta por parte de ella, pero sus ojos se me mostraron firmes y limpios, clavados en los míos como dos maravillosas saetas.

—¿Por qué? —no pude por menos de preguntar.

Sus ojos se nublaron un tanto, pero no apartó la mirada.

—Hay cosas que no se le deben preguntar a una mujer, Cass —replicó.

Entonces la tomé con dos dedos por la barbilla y acerqué mi rostro al suyo.

—Eso no reza conmigo, tesoro —dijo—. Por lo tanto, ahora mismo me vas a decir por qué quieres venir conmigo.

Tampoco apartó la vista de mis ojos cuando replicó:

—Creí que lo sabías, Cass.

—¿Qué es lo que tengo que saber, Lena?

Su rostro se coloreó intensamente cuando replicó:

—Creí que sabías que yo había cometido la estupidez de enamorarme de ti, Cass. Pues así es. Te amo desde no sé cuándo. Por lo tanto, no me pidas que me separe de ti porque no lo haré. Si quieres volver a Tokio, iré contigo.

Me quedé de piedra, y durante unos cuantos segundos no supe qué decir. Finalmente logré articular, saliéndome por la tangente:

—De acuerdo, Lena. Ahora nos falta un coche.

—No te preocupes por eso. En el garaje hay uno. Un convertible pintado de azul. Anda, ve por él y saldremos ahora mismo. Será mucho mejor viajar completamente de noche.

Solté su barbilla y giré hacia la puerta.

Desde la misma me volví para mirarla.

—¿Dónde está el garaje, cariño?

—Detrás de la casa, Cass. No necesitas salir de aquí para ir a él. Una vez en el piso de abajo, busca la cocina, y sal por la puerta del fondo.

—De acuerdo, amor —repliqué—. Prepárate, que vuelvo enseguida.

Me sonrió y abandoné la estancia.

Lena.

¡Pobre Lena!

Aquello que iba a hacer era cosa mía y no de ella. Lena me esperaría en vano. Cuando se diera cuenta de mi fuga sería demasiado tarde, y no tendría más remedio que volver a la costa.

Bajé a la planta y busqué la cocina como ella me había dicho. No me costó gran trabajo, y en contados minutos alcancé el garaje.

El automóvil era magnífico y tenía el depósito lleno. Subí a él, y después de comprobarlo todo a mí entera satisfacción, puse el motor en marcha, que runruneó suavemente.

Salí del garaje a la trasera de la casa, con los faros completamente apagados y di la vuelta hasta alcanzar la principal. Enfilaba ya en dirección a la carretera de Yokohama cuando apreté violentamente el freno.

Escuché.

No se veía a nadie, pero hasta mí acababa de llegar el estampido de un arma de fuego. A juzgar por el sonido, precedía de un arma de pequeño calibre.

Quien menosprecie la inteligencia de los japoneses es un perfecto imbécil.

Lo digo, porque aquel disparo, o yo era tonto, o había salido por el

cañón de la automática de Lena.

No oí otro más en unos cuantos minutos. Luego la automática dejó oír de nuevo su voz. Sonó un grito, y al punto unas cuantas órdenes en japonés.

Aquellos monos amarillos la deseaban viva. Pensé en los papeles, en que todo se había perdido si lograban cazarla antes de que yo interviniera.

Dejé el motor en marcha y salté fuera del convertible llevando la “Luger” en la mano. Corrí hacia la casa. Antes de llegar, la automática de Lena escupió fuego por dos veces más.

Nadie contestó a sus disparos, pero unos segundos después la oí gritar de un modo que me puso los pelos de punta.

Salté hacia la acera y me pegué a la pared. De esta forma alcancé la esquina y miré.

Un “jeep” con tres japoneses encima, y el conductor cuatro. ¿Cuántos más habría dentro de la casa?

Al parecer dos, y los dos bastante ocupados por lo que vi. Llevaban a Lena.

Pero una Lena desgreñada, con las ropas destrozadas, ya que de su blusa apenas si quedaban un par de tirajos que no cubrían nada. Uno de ellos la sujetaba por el pelo, echando brutalmente su linda cabeza hacia atrás, mientras que con la otra mano le tenía doblados los brazos hacia atrás en una dolorosa y maligna llave de judo.

Maldije entre dientes, pero para mí coleto, y en el más completo silencio retrocedí hasta el convertible, ya que nada podía hacer mientras uno solo de ellos la tuviera en sus brazos.

De verme, es bien seguro que la matarían si no me entregaba, y si lo hacía, nos matarían a los dos.

Mientras esperaba que el “jeep” se pusiera en marcha pensé en Yamagosi. El capitán no se había presentado tampoco aquella vez. Lo lamenté. Él era mi principal objetivo después de haber visto el cadáver horriblemente mutilado de Sanders, y el de Mikito Yamoto.

Volví a sentir deseos de reír, y lo hubiera hecho de no captar en aquel instante preciso el rugido del motor del “jeep”.

Embragué, y después salí despacio de la calleja.

Frente a mí, y ya en dirección a la carretera corría el “jeep”.

Salí detrás de él, sabiendo que si me descubrían me barrerían irremisiblemente.

Pero tuve suerte.

El “jeep” se detuvo a la salida de Kamakura, en pleno descampado. Arrimé el descapotable junto a la cuneta y descendí de él mientras frente a mí, los demás japoneses obligaban a Lena a que descendiera del

“jeep”.

Aparté la mirada de ellos y deslizándose hacia el vehículo de la policía militar, fijé mis ojos en el amarillo que había detrás del volante.

Armado con una metralleta.

Una metralleta que yo necesitaba, y rápidamente. Sabía lo que se proponían hacer con Lena. La iban a fusilar allí mismo, pero antes intentarían obligarla a decir dónde estaba yo.

Pensé en los papeles. En aquellos malditos documentos que iban a servir para causar más víctimas, aunque estas fueran japonesas.

Pensé en ellos mientras me acercaba al “jeep”, por la espalda del conductor, y los maldije de nuevo en todos los tonos.

Al fin llegué, justo cuando oí chillar a Lena. No volví el rostro, sino que salté hacia el vehículo, justo cuando el amarillo se volvía hacia mí.

Tal vez hice un ligero ruido que él captó.

CAPÍTULO XI

Vi una cara… Como la de todos los japoneses. Unos ojillos de abultados párpados que me miraban con odio, y al punto abrió la boca para gritar mientras intentaba levantar la metralleta.

No le di tiempo. Le golpeé con el cañón de la "Luger" en medio de la cara y le tiré hacia atrás. Se revolvió unos segundos, y tuve que golpearle de nuevo.

Se ovilló en el fondo del "jeep", y tomé la metralleta de sus manos. Entonces miré hacia el grupo.

Lena estaba caída en el suelo, y me pareció ver correr la sangre por su rostro. Repentinamente uno de los japoneses la tomó por el pelo obligándola brutalmente a que se levantara.

—¿Dónde está el americano?

—¡Búscalo, cerdo amarillo! —fue la respuesta.

Salté del "jeep" y crucé la carretera mientras el japonés derribaba a Lena de un fuerte golpe en la cara.

Hice ruido.

Forzosamente tenía que hacerlo.

Se volvieron al punto, y en el acto se desplegaron en todas direcciones.

Oí sus gritos guturales. Me enfilaron Con las armas y me detuve en seco enfilando la metralleta. Apreté el gatillo mientras la primera ráfaga japonesa levantaba polvo y piedras junto a mis pies.

Fue horrible.

Cayeron todos en trágicas posturas, casi partidos por el centro. Sentí náuseas mientras me acercaba a Lena, que se mantenía tendida en el suelo, mirándome con los ojos desorbitados.

Y me acerqué a ella, olvidado por completo del japonés que había dejado fuera de combate dentro del "jeep". Y no debí hacerlo.

Le tendí los brazos y la ayudé a levantarse. Al ver su rostro, todo el sentimentalismo que sentía por la muerte de aquellos japoneses desapareció como por ensalmo y maldije de nuevo.

—Vamos, Lena —dije no deseando exponerla más—. Hacia la costa.

Me miró abriendo mucho los ojos.

—¡Cass!

—Hacia la costa, cariño —repetí—. No deseo que ninguno de esos sucios te maltrate más.

La tomé del brazo tirando de ella hacia la carretera. Fue entonces cuando oí el rugido del motor del “jeep”.

Lena se detuvo en seco y miró. A través de la sangre que le cubría el rostro pude darme cuenta que palidecía.

—¡Cass! —exclamó en el acto—. ¡Oh, Cass! Se lleva los planos. Están en el “jeep” Me sorprendieron con ellos en las manos, y luego vi cómo ese —señaló a uno de los muertos—, los guardaba dentro de uno de los bolsillos de la portezuela.

Mis ideas de sacarla con bien del atolladero sé esfumaron como por encanto. Corrí hacia uno de los muertos y le arrebaté la metralleta. Lena, detrás de mi hizo lo propio, y además cargó con toda la munición que pudo encontrar.

Después nos miramos en silencio.

—¿Por qué no te quedas y me esperas en los acanteados, Lena? —pregunté.

Antes de que replicara ya sabía cuál iba a ser la respuesta.

—¡Al diablo, Cass!

—Allí es donde vamos a ir, ricura. Esto ya es un caso perdido.

—¿Vamos?

Delante, casi perdido en la distancia, las luces piloto del “jeep” se esfumaban.

—Tú ganas, ricura —dije de mala gana—. Hacia Tokio.

Corrimos asidos del brazo hacia el convertible, y ella se sentó frente al volante.

La brusca arrancada del automóvil me lanzó hacia atrás, contra el asiento, y por primera vez en mi vida no me atreví a mirar el cuenta-millas.

Las rectas y las curvas se sucedían sin interrupción, y a la misma velocidad. Admiré la sangre fría de Lena y su dominio con el volante, mientras hacía conjeturas sobre si lograríamos alcanzar al japonés antes de llegar a Tokio.

Repentinamente una idea asaltó mi cerebro y pregunté:

—¿Sabes si lleva radio el “jeep”?

—No tuve tiempo de verlo, pero lo más seguro es que así sea.

Pensé en Yamagosi. ¡Maldito fuera mil veces!

Nos estábamos acercando. Vi las luces piloto del “jeep” casi al final de la recta que acabábamos de tomar. Luego desaparecieron en la curva siguiente.

Lena, en silencio hundía más y más el acelerador, convirtiendo el automóvil que conducía en una saeta.

No sé cómo lo pensé y por qué lo dije, pero fue así:

—Ten cuidado en la próxima curva, ricura.

Lena siguió conduciendo a toda marcha y empezó a apretar el freno al llegar a la misma. En el acto encendió los faros. Después desvió el volante y me vi lanzado con terrorífica fuerza contra la ventanilla opuesta.

Después el convertible quedó detenido, semivolcada en la cuneta.

Casi en el acto los cristales saltaron hechos astillas mientras la rápida y ronca voz de una metralleta se dejaba oír.

Salté después de abrir la portezuela y por debajo del convertible disparé un par de ráfagas contra el "jeep", que estacionado en medio de la carretera nos bloqueaba el paso.

Lena también debió salir ilesa, ya que oí el cante de su metralleta.

Después reinó el silencio.

Me arrastré fuera de la cuneta y miré el "jeep". A mi izquierda noté un movimiento. Lena estaba haciendo lo mismo que yo. En el "jeep" parecía no haber nadie, pero yo sabía que no era así.

Volví el rostro hacia el lugar donde sospechaba que estaría Lena. Y allí estaba, con los ojos clavados en el vehículo japonés.

—¡Cúbreme, ricura! —dije en un susurro, pero que fue lo suficientemente alto para que ella lo oyera.

No replicó ni volvió el rostro hacia mí, pero asintió con un movimiento de cabeza.

Repté un poco, y luego me puse en pie de un salto, metralleta en ristre. Corrí en zigzag hacia el "jeep".

No me equivoqué, ya que el amarillo estaba allí. Pero era horrible mirarle. De su cabeza solo quedaba un amasijo de carne y huesos astillados. Lena o yo le habíamos alcanzado de lleno con una ráfaga, reduciéndosela a pulpa.

Abrí la portezuela del lado contrario y le saqué de allí arrastrándole hacia la cuneta opuesta. Cuando volví al "jeep", Lena, venciendo sus náuseas a la vista de la sangre, había registrado los bolsillos de las portezuelas y tenía los documentos en las manos.

—¿Vamos, Cass? —preguntó de inmediato—. El convertible no ha recibido daño alguno.

—El "jeep" tampoco, ricura —repliqué—. Por lo tanto, escoge el vehículo que quieras, y largo hacia la costa. El resto es cosa mía.

Me miró atentamente denegando con la cabeza.

—Te seguiré hasta Tokio, testarudo del infierno.

Me encogí de hombros.

—Bueno —dije—; pero con una condición.

—Aceptada de antemano, querido —replicó.

Contesté con una mueca y después pregunté:

—Aún no sé a qué has venido a Tokio. Más concretamente al Japón,

ricura.

No rio como esperaba. Ni siquiera sonrió.

—He venido a causa de un informe de Yeddo, Cass —y al nombrar el sobrenombre de Mikito Yamoto sus ojos relucieron de manera inusitada—. En él decía que tenía sospechas que bajo el Buda de Kamakura había un polvorín, o un depósito de armas. Decía que convenía averiguar esto, pero que "él" no podía desplazarse fuera de Tokio. Hablaba también de cuáles eran sus temores. Entonces decidieron enviarme a mí, para investigar lo de ese Buda, y al mismo tiempo para sustituirla, darte instrucciones a ti, y ayudarte si el caso lo retraería.

—¿Y…?

—No hay nada de eso, Cass. Es ni más ni menos lo que representa. Un maravilloso y gigantesco Buda de bronce.

—¿Y ahora…?

—Iré contigo a Tokio. Pero antes, Cass, quiero que sepas una cosa. Los de nuestro oficio no podemos darnos al sentimentalismo. Caiga el que caiga, y a otra cosa.

—Olvidas algo, ricura —repliqué—. Que yo no soy de tu oficio, ni nada tengo que ver con el Servicio Secreto ni con el de contraespionaje.

—Pero aceptaste venir a Tokio, Cass.

—Cierto. Para recoger de Yeddo, o de las manos de Mikito Yamoto, los papeles que ya obran en tu poder. Por lo tanto, y siendo así, me desligo de todo, y por las causas que conoces sobradamente. Y hablando de sentimentalismos, Lena, tú misma te contradices —añadí—. ¿A qué entonces ese interés en venir conmigo a Tokio? Si es por amor, según tú propia confesión, ¿no estimas que eso también es un sentimentalismo? Lárgate a la costa, y entre los acantilados espera la llegada del submarino, Lena. No creas que no estimo en la que vale tu compañía, e incluso tu ayuda si es necesario; pero viniendo conmigo, solo la muerte puedo ofrecerte a cambio.

—¿Yamagosi?

—Así es, Lena. Yamagosi, capitán de la policía imperial, y según sospecho, uno de los miembros más activos del servicio de contraespionaje en Tokio —pensé de nuevo en Mikito y en el americano Sanders, y no pude por menos que estremecerme—. Voy a matarle, Lena. Lo siento, pero no vas a venir conmigo —miré los dos vehículos y añadí—: No puedo presentarme en las inmediaciones de Tokio conduciendo un "jeep" de la policía militar. Por lo tanto tómalo tú y ve hacia la costa. No es muy agradable viajar en él, ahora, pero yo necesito el convertible.

Por toda respuesta, Lena dio un par de pasos hacia el convertible.

Sin volverse replicó:

—Puedes hacer lo que gustes, cariño, pero voy contigo a Tokio. ¿La muerte…? ¡Bah! ¿Qué importa?

—Nada —repliqué—. No importa nada, Lena. Pero están esos papeles. Tienen que llegar al submarino como sea. Por lo tanto, uno de los dos los tiene que llevar. He decidido que seas tú, tesoro.

Siguió avanzando hacia el automóvil, y yo fui detrás, pensando que entre unas cosas y otras estábamos perdiendo mucho tiempo. No tardaría en amanecer un nuevo día, y con ello las posibilidades de alcanzar el submarino se reducían más.

—¿De veras, Cass? —replicó ya con la mano en la portezuela del convertible—. Pues si es así, tendrás que llevarme. Caso contrario, me seguirás a mí llevando el “jeep”.

Di un paso y la tomé suavemente por un hombro. Se volvió para mirarme.

—¿Qué…?

No dijo más.

Estrellé mi puño contra su mentón, y después la deposité blandamente en la cuneta. Acto seguido fui por el “jeep” y lo conduje bajo los árboles procurando que no fuera visto desde la carretera.

Hecho esto tomé a Lena entre mis brazos y la deposité en él junto con los papeles. Volví al convertible y segundos más tarde enfilaba la carretera, a toda velocidad, hacia Tokio.

Matar a Yamagosi era un placer que no lo cambiaría por nada del mundo.

CAPÍTULO XII

Amanecía.

El sol asomaba por el horizonte cuando desvié el convertible para sacarlo de la carretera principal.

Y me acerqué a las ruinas donde reposaban los restos de lo que en tiempos fue una hermosa mujer.

Toda una hermosa mujer japonesa.

Pero no me detuve en ellas, incapaz de resistir de nuevo el espectáculo del cadáver de Sanders, ya en la más completa descomposición, incrementado ahora por el de Mikito.

Seguí adelante hacia el semiderruido puentecillo, y una vez junto al mismo, y cuando ya el sol empezaba a estar alto, detuve el convertible y lo escondí como mejor pude.

Bebí un buen trago de agua para engañar el hambre, y decidí esperar la noche para continuar mi camino hacia la capital del Japón. Para matar el tedio, saqué el diario de Mikito y empecé a leer página a página, y así, sin lugar a dudas, logré enterarme de todo lo referente a aquella farsa.

La farsa más gigantesca de todas cuantas forman el espionaje del mundo entero.

Acabé el diario a media tarde, sin que el más leve rumor hubiera venido a interrumpirme, y pasé una y otra vez mis ojos por la última palabra que ella, Mikito Yamoto, había escrito minutos u horas antes de morir, y la comprendí.

El estómago me estaba dando saltos de carnero, y no tenía nada con que remediarlo. Por lo tanto encendí un cigarrillo, que apagué casi al instante.

Ni fumar me estaba permitido. Los cigarrillos rubios tienen un penetrante olor, que a veces se propaga a larga distancia, y la carretera estaba muy cerca. También lo estaba la casa donde había vivido Mikito.

No es que lo estuviera relativamente, pero muy bien pudiera ser que desde ella, alguno de los hombres de Yamagosi o de la policía militar rondara por allí, y viniendo de aquella casa.

De nuevo, y ahora mentalmente, repasé todo lo leído en el diario de Mikito.

Ningún hombre es capaz de hacer que le maten, por lo menos sabiéndolo, y no obstante, yo iba a ser la excepción que confirma la regla.

Me iba a hacer matar por Mikito Yamoto.

Iba a morir por ella. Por vengarla.

Lena decía que en su oficio no cabían los sentimentalismos. Puede que tuviera razón. Sea lo que fuera; ¡al diablo con ella y sus razonamientos!

Poco a poco las luces del crepúsculo se fueron extinguiendo y entonces salí de mi escondite encaminándome hacia donde había dejado el convertible.

Deposité la metralleta en el fondo, junto a mis pies, y bajo el asiento coloqué el sombrero y la trinchera, y deslicé la automática en mi bolsillo. Era poco, pero con aquel poco lograba cambiar un tanto mi apariencia.

De nuevo me vi en la carretera, pensando en la policía militar. Sabía que nos estarían buscando. Que tal vez Yamagosi ya tuviera noticias de lo ocurrido en Kamakura. Aquel maldito amarillo que se llevó los planos pudo muy bien comunicar por radio con Tokio.

Pensando así me di cuenta de que a pesar de habérselo preguntado a Lena, me olvidé por completo de examinar el “jeep” por si llevaba una pequeña emisora portátil.

¡Malditas mujeres!

Pero hermosa y apetecibles, ¡diablos!

No tenía por qué no hacerlo. Por lo tanto, apenas llegué a la carretera llena de baches encendí los faros, y continué con ellos encendidos cuando alcancé la bien pavimentada general de la costa.

Fue al doblar una curva cuando estuve a punto de pisar el freno y volver atrás, al darme cuenta, al recordar ahora, el puesto de control. Instintivamente miré al fondo del coche, pero no me detuve.

Seguí adelante, dispuesto, eso sí, a morir matando si intentaban detenerme después de enseñarles la falsa documentación que poseía, sabiendo que esta, y según lo ocurrido en Kamakura, ya no me servía para nada.

Pero no me detuvieron, y eso que aminoré la marcha, conduciendo con una mano mientras que con la otra empuñaba la “Luger”.



—De verme, es bien seguro que la matarían

Tal vez la visión del convertible, cuya matrícula era la de Tokio, no levantó sus sospechas, a pesar de que los tres japoneses que había junto a la barrera clavaron sus ojos en él, no sé cuánto tiempo, porque no quise volver el rostro hacia atrás.

Tal vez era una diabólica trampa de Yamagosi.

Tal vez me estuviera esperando. Tal vez había dado las órdenes pertinentes para que se me facilitara la entrada en Tokio, para una vez dentro de la capital, echar tras de mis talones a todos sus secuaces.

Si era así, eso me daba a entender que Yamagosi sabía tanto de mí

mismo como el propio teniente coronel Presley, a quién el diablo confunda.

Nuevamente desvié el convertible de la carretera principal y entré en Tokio por dónde lo habíamos hecho el japonés que después murió, y yo.

De nuevo clavé mis ojos en aquellas fábricas, pensando que a aquella hora, Lena ya estaría en los acantilados esperando las doce de la noche para ser recogida en el submarino.

Dentro de poco, días tal vez, todo aquello saltaría por los aires. Tokio sería bombardeado por primera vez. Sería una buena victoria para los ejércitos aliados, pero para mí ya no significaba nada.

Es decir, sí que significaba. Mucho. Pero eso era algo que solo sabíamos contadas personas, y que dentro de poco también lo iba a saber aquel sabueso de Yamagosi.

Estacioné el convertible junto a la puerta del club nocturno, dejé el motor en marcha, y lamentando no poder llevar la metralleta conmigo, descendí de él y crucé resueltamente la acera.

Unos minutos más tarde estaba dentro, caminando hacia la barra, mirando en torno, sin que pudiera advertir nada desusado en la concurrencia.

Había, eso sí, y tal vez como siempre, militares y policías. Pero de Yamagosi no se veía ni rastro.

¿Y si estaba equivocado?

Si era así, solo quedaba un recurso: ir a buscarle a su propia madriguera. Pero aquello era la locura del siglo. Ningún hombre llegaría vivo al cuartel general de Yamagosi.

Por lo tanto, solo cabía una cosa: esperar.

Pedí algo de beber, parte para acallar el hambre que sentía y parte también para matar el tiempo.

Mientras bebía miré el espectáculo que el "Uji" presentaba aquella noche.

Una delicia. Algo incomparable. Como para no olvidarlo en mucho tiempo.

Fue aquella vez la primera que vi, e interpretado por una japonesa que era una maravilla de simetría, la danza de los abanicos.

El espectáculo cesó con una salva de aplausos, y yo aplaudí por no ser menos. Por no llamar la atención.

Casi en el acto apareció otra japonesa. La danza de los siete velos. Estaba en lo más interesante de ella cuando acerté a mirar hacia la puerta. Al punto todo mi interés por el espectáculo se esfumó, aunque continué con los ojos fijos en la escultural japonesita que interpretaba la danza.

Yamagosi, vistiendo ahora de uniforme, acababa de entrar, y venía rectamente hacia la barra.

Me hice el desentendido y continué con la vista fija en la muchacha japonesa que estaba acabando con el espectáculo, pero corrí la mano derecha hacia el bolsillo de la chaqueta.

Podía haberle matado en aquel entonces, pero no era esa mi idea. Había demasiados militares, y a pesar de mis lúgubres pensamientos, deseaba, al menos, una posibilidad.

—¿Le gusta el espectáculo, "herr" Stolz?

Me volví a mirarle, y no me costó trabajo contestar, ya que expresé sin necesidad de mentir lo que verdaderamente sentía:

—Sí. Esa muchacha es maravillosa.

—Debió usted de conocer a Mikito Yamoto.

Al punto experimenté una rara sensación en la boca del estómago.

—¿Abanicos, o los velos? —pregunté.

—No, nada de eso. Ella bailaba, pero sus danzas eran de otra clase.

Procurando que no se me notara respiré un tanto satisfecho.

—¿Qué fue de ella?

Yamagosi entrecerró los ojos, y entonces comprendí que con sus palabras, muy finamente por cierto, me había llevado a dónde él quería desde un principio.

—Murió, "herr" Stolz. Creí que lo sabía. Descubrimos ayer tarde su cadáver en los sótanos de unas ruinas.

—¿Qué hicieron con él?

Sonrió lo mismo que una hiena. En aquel entonces, antes de oír su respuesta, sentí aún mayor necesidad de acabar con él.

—Lo dejamos allí. Una espía menos al servicio de los enemigos del Japón. No íbamos a traerla hasta Tokio para enterrarla, ¿verdad?

Asentí en silencio y él añadió:

—Yo creí que se conocían, "herr" Stolz.

Había llegado el momento de jugárselo todo a una carta. Pero ¿no había regresado para lo mismo?

—No le entiendo, capitán Yamagosi —repliqué.

—¿No? Yo juraría que sí.

—Sigo sin saber qué quiere decir.

—Pues es usted tonto de remate, míster… —replicó en perfecto inglés—. Su juego ha terminado. Sabemos, ahora, que "herr" Hans Stolz desapareció de Kamakura hace tiempo. También tengo noticias de lo ocurrido últimamente allí. Ahora estamos tratando de localizar el "jeep", en dirección a la costa…

—¿Quiere hablar en alemán o en japonés? —interrumpí—. No entiendo palabra, "herr kapitän".

Yamagosi mostró una dulce sonrisa en su semblante y entonces habló en alemán.

—Le estaba diciendo, míster… —y con paciencia infinita repitió punto por punto todo lo que me había dicho en inglés, y luego añadió—: Estamos seguros que dentro de poco detendremos a su amiguita. Entonces puede que no se haga el tonto. ¿Quién es usted?

Le miré pensativamente.

—Mis papeles ya lo dicen, "herr"…

—Papeles que son falsos. Tendrá que acompañarme, ahora mismo.

—¿Por qué?

—¿Qué le parece si le acuso de espionaje? ¿Qué le parece si digo que es usted un americano venido ex profeso a Tokio para ponerse en contacto con Yeddo, o en su defecto con Mikito Yamoto?

Estaba tranquilo, muy tranquilo. Hablando como si estuviera en un café o presenciando un espectáculo grato a sus ojos. Sin perder ni un momento su sucia sonrisa, y por contraste con la misma, sin perder tampoco la impasibilidad de piedra de su semblante.

Aquello me dijo que tenía bien guardadas las espaldas. Tal vez, fuera del club nos estaba esperando un "jeep" lleno de policías.

—¿Espera que confiese eso que usted dice, "herr kapitän"?

—¿Mentiría si lo hiciera así?

—¡Pues claro que sí! ¿En qué cabeza cabe?

Sin terminar la recién comenzada pregunta me bajé del taburete.

Yamagosi retrocedió un paso sin perder su compostura.

—Le ruego que no sea imbécil —dijo—. Hay un "jeep" en la puerta cargado de…

Reí suavemente, interrumpiéndole.

—Ha sido un imbécil, Yamagosi —dije—. Ahora hacia la puerta. Le estoy apuntando desde el bolsillo de mi chaqueta. Usted y yo vamos a dar un paseíto, ¿comprende? Un paseo del cual no se regresa. Si hace una seña a sus hombres, le clavaré una bala en la espalda. ¡Andando, amigo!

Me pegué a él, que avanzó hacia la puerta llevando el semblante tan inexpresivo como siempre.

De pasada miré en torno de una manera rápida y fugaz. Nadie parecía darse cuenta de nada, pero yo no las tenía todas conmigo. Un solo paso en falso y mis huesos irían a reunirse con Mikito.

Junto a la puerta Yamagosi exclamó:

—Eso que está haciendo es una estupidez. Apenas cruce la puerta mis hombres le matarán.

—Puede que disparen, capitán —repliqué ahora en inglés—, pero usted saldrá delante mío… hacia el infierno. Supongo que sabe por qué

he vuelto, ¿no?

—Sí, creo que sí. Por mí…

—Sí —atajé—. Fue por ella.

Me miró ladeando la cabeza y continuó hacia la puerta.

—Me estaba esperando, ¿no?

—Sí, Yamagosi, le estaba esperando, y usted lo saína. Por eso los del puesto de control me dejaron pasar. Obedeciendo órdenes suyas. Usted, capitán, sabía que tan pronto como supiera la muerte de Mikito Yamoto vendría por usted. Debió detenerme en el control. Él no haberlo hecho le va a costar la vida.

—También la suya, no lo olvide —me replicó en el mismo idioma.

—Puede ser, Yamagosi. Pero tenga en cuenta una cosa; para los japoneses la muerte no significa nada, y para mí tampoco. Se lo digo para que se lo meta en la cabeza de una vez, cerdo amarillo. Usted es el responsable de muchas muertes. Ese Sanders entre otros, y luego Mikito…

Callé.

Empezábamos a cruzar la puerta, y a mí espalda quedaban miembros de la policía militar y del ejército.

Le empujé brutalmente, y acto seguido nos vimos en la calle.

CAPÍTULO XIII

El "jeep" estaba a la izquierda de la puerta, y el convertible a la derecha. Sin apartar la mano del bolsillo lo indiqué con un gesto de cabeza.

—Vamos a dar un paseo en ese convertible, Yamagosi —dije—. Hacía esas ruinas por las cuales siente tanta predilección.

Avanzó hacia allí. Vi el gesto de los japoneses y cómo estos se aprestaban a empuñar la metralleta. Extraje la "Luger" del bolsillo y la clavé en su espalda.

—Diga a sus hombres que se estén quietos, o acabamos ahora mismo.

Se encogió de hombros y después replicó:

—Trate de detenerlos usted mismo, si puede.

Conocía sobradamente el carácter japonés para comprender que no haría un solo movimiento en mi favor. Que según él, la muerte era lo único que podía salvarle del deshonor, si yo lograba escapar.

No, Yamagosi moriría tranquilo, incluso feliz, si lograba que yo le acompañara en el gran viaje.

—¡Vamos, aprisa! —dije empujándole, mientras intentaba en vano no perder de vista a ninguno de los ocupantes del "jeep".

Avanzó más.

Llegábamos junto al convertible cuando a mis oídos estalló aquella voz que me produjo el mismo efecto que si junto a mis pies hubiera estallado una bomba.

—¡Cuidado, amor!

En el acto el rápido tableteo de una metralleta. Pero yo ya estaba en el suelo, y Yamagosi también, tres yardas más allá, donde fue a caer impulsado por el fantástico salto que dio.

En el acto, y mientras las metralletas entonaban su canción de muerte, entre alaridos y lamentos en japonés, vi como Yamagosi hacía esfuerzos por extraer de la funda su pistola automática.

Yo tenía la mía en la mano y pude matarle en aquel entonces, pero preferí no hacerlo, mientras buscaba amparo bajo el convertible, de la lluvia de balas que zumbaban en torno.

Dejé que me apuntara, y entonces le mandé en compañía de sus antepasados con un balazo en medio de la frente.

Di la vuelta en el suelo y encaré el lugar de la lucha.

Detrás del "jeep" que había traído, Lena, con una metralleta

mantenía en raya a la policía imperial y a los militares que intentaban salir del "Uji".

En cuanto al "jeep" que había traído Yamagosi, estaba intacto en lo tocante al vehículo. Pero de sus ocupantes no se podía decir lo mismo. Estaban caídos dentro, completamente revueltos.

Lena los había liquidado con su primera descarga.

Rápidamente, abrí la portezuela del convertible y empuñé la metralleta. Acto seguido rocié de balas la entrada del club y después corría hacia el "jeep".

Cuando llegué, Lena estaba sentada detrás del volante, teniendo apoyada la metralleta contra la ventanilla. El motor estaba en marcha. Arrancó apenas puse el pie en el estribo. Pero aun así, tuve tiempo de lanzar una ráfaga tras otra contra las ruedas de todos los vehículos que había en los alrededores.

Aquello retrasaba la persecución. ¿Pero hasta cuándo?

La muerte de Yamagosi iba a lanzar contra nosotros a todo el imperio del Japón. Nos iban a perseguir como a conejos.

Pensando en esto me acomodé junto a Lena en el momento en que doblaba la primera esquina sobre dos ruedas. En el acto me vi lanzado contra ella, y a pesar de recordar todo lo que dejaba atrás me di cuenta de que aquello no era del todo desagradable.

—Te saliste con la tuya, ricura —dije después.

—Calla y vigila —replicó secamente, lo que me obligó a mirarla atentamente.

—¿Qué mosca te ha picado ahora? —pregunté.

No replicó. Por lo tanto opté por callar, tal y como me había dicho.

Salimos de Tokio a velocidad infernal, y ya en plena carretera pedí:

—Afloja un poco la marcha, ¿quieres?

—¿Qué diablos se te ha ocurrido ahora, Cass?

—Nada de particular. Solo deseo pasar a la parte posterior. Por si nos persiguen, ricura.

Aflojó sin replicar e hice exactamente lo que había dicho, llevándome las dos metralletas.

Continuamos en silencio hasta que repentinamente le oí decir:

—¡Cass! ¡La barrera! ¡El puesto de control! Está echada y nos hacen señas para que nos detengamos.

—Afloja un poco, encanto —repliqué—. Cuando estés más cerca, pisa a fondo y agacha la cabeza. Del resto, y si no nos agujerean el cuero cabelludo, me encargo yo.

Lena obedeció al pie de la letra. El "jeep" redujo sensiblemente su endiablada marcha mientras yo preparaba la metralleta.

Unos segundos después la oí decir:

—¡Cuidado, Cass…! ¡Ahora!

A pesar de que lo esperaba, la violenta sacudida del "jeep" me lanzó hacia atrás. Confusamente oí los gritos de los japoneses, y acto seguido el topetazo del vehículo contra el maderamen de la barrera, que saltó al aire hecha pedazos mientras las balas empezaban a zumbar sobre nuestras cabezas.

En el acto dije:

—Afloja otro poco, ricura. Traza unas cuantas eses y después detente junto a la cuneta. Tienes que dar el efecto de que nos han alcanzado.

Hizo lo que le decía con maravillosa precisión. Casi en el acto de detenerse miré hacia atrás.

Cinco japoneses, empuñando fusiles automáticos, corrían hacia nosotros por el centro de la carretera, bañados por la luz de la lima.

Dejé que se acercaran más. Lo hicieron, pero se desplegaron al mismo tiempo que se disponían a disparar. No querían correr riesgos.

Yo tampoco. Me molestaría mucho que una de aquellas balas agujereara una de las cubiertas del "jeep".

Por lo tanto apreté el gatillo y metódicamente barrí la carretera. Les vi revolcarse por el suelo en grotescas contorsiones y exclamé:

—¡Misión cumplida, Lena! ¡Vámonos!

El "jeep" se puso de nuevo en marcha y acto seguido pasé a su lado, pero continué mirando de vez en cuando hacia atrás.

—¿Qué día es hoy, Lena? —pregunté.

—Cuatro. ¿Por qué?

—¿Estás segura?

—Sí, Cass. Pero…

Consulté el reloj sin parar mientes en el resto de la frase de ella.

—Es la una de la madrugada, Lena —dije a modo de explicación—. Esta es la penúltima noche que nos esperan frente a los acantilados. Mañana o nunca, querida.

No me replicó y continuamos a toda marcha durante un buen rato, hasta que repentinamente ella me espetó.

—¿Por qué no nos detenemos un poco para descansar, Cass? Aunque sigamos y con las primeras luces alcancemos sin novedad la costa, no por eso dejaremos de pasar todo el día en los acantilados, ¿verdad?

—¿Qué propones?

—¿Recuerdas esas ruinas? ¿El camino para seguir hasta ellas…?

—Sí, pero…

—Mucho antes de llegar, según tú, hay un pequeño y casi derruido puentecillo. Está lejos de las rutas generales. Propongo que nos

detengamos junto a ese arroyo. Allí podremos cenar, e incluso dormir un poco. Mi resisten…

—¿Has dicho cenar, tesoro? —la interrumpí—. ¿Pero es de verdad que…?

—Encontré algunas provisiones en el "jeep", Cass —dijo—. ¿Qué te parece?

Dije que sí, y poco después Lena abandonaba la carretera principal para internarnos en la secundaria que después nos llevaría al puentecillo.

Después de todo, como había dicho ella, lo mismo daba esperar en un sitio como en otro. Cierto que sería mucho mejor viajar de noche, pero cierto también que toda resistencia tiene un límite, y que la mía estaba a punto de agotarse.

La mía estaba a punto, y Lena era mujer.

Eso es todo, por aquella parte. Pero por la otra, aún había algo más. La seguridad que ambos teníamos de que volveríamos a tropezarnos con los japoneses a no tardar, tanto fuera en la costa como en otra parte cualquiera.

CAPÍTULO XIV

Dejamos el “jeep” escondido junto al semiderruido puentecillo, Lena sacó de debajo del asiento varias latas de conserva que después, bajo los árboles y junto al arroyo, comimos sin pan.

A pesar de eso me supo a gloria. El complemento de aquella frugal cena, era un buen cigarrillo, pero ni Lena ni yo nos atrevimos a encenderlo.

Después ella se tendió sobre la hierba, y yo, metralleta en ristre, vigilé su sueño hasta bien entrada la madrugada, sobresaltándome siempre que en la distancia me parecía oír el ruido de un motor.

Llamé a Lena sobre las cinco de la mañana, y ella ocupó mi lugar.

Me dormí como un leño.

Cuando me desperté, bastante entrada la mañana, lo hice porque Lena me estaba sacudiendo fuertemente por un hombro.

—Nos están buscando, Cass —fueron sus primeras palabras, apenas abrí los ojos.

Me puse en pie de un salto y alargué la mano para tomar la metralleta que reposaba a mí lado.

—¿Dónde, Le…?

Se rio.

Rio ante mi asombro, y después explicó:

—No es en tierra por dónde nos buscan, Cass. Nos están buscando desde el aire.

—¿Qué…?

—No hace apenas dos minutos cuando ha pasado un avión de reconocimiento. Tan bajo que hasta he podido ver el rostro del piloto. Será mejor que nos larguemos cuanto antes, Cass.

La tomé da la mano y tiré de ella hacia los árboles.

—Ven conmigo, ricura.

Me siguió sin vacilar, y ya entre el follaje que crecía a todo lo largo del arroyo me detuvo para mirarla.

—¿Hacia dónde iba, Lena? —pregunté.

—Hacia la costa. ¡Vámonos, Cass! Aquí estamos en peligro.

—Por el contrario —repliqué—. Si ese piloto no es tonto, volverá. Y lo hará cuando se dé cuenta de que por la carretera no circula ningún vehículo sospechoso. Entonces buscará a todo lo largo de la misma, entre los árboles. Por lo menos eso es lo que haría yo, de ser él. Esperemos. Media hora más o menos no nos hará ningún mal.

Asintió en silencio y se sentó en el suelo. Lo hice a su lado y pasé mi brazo por su hombro. Noté que estaba temblando, pero no dije nada.

No esperamos mucho. Apenas un cuarto de hora, al cabo del cual el poderoso runruneo de un motor me dijo que el japonés empezaba a buscar su objetivo, escondido entre los árboles.

No me equivoqué.

Mientras Lena y yo nos tendíamos en el suelo, boca abajo, aún tuve tiempo de ver su negra sombra en el suelo, como un pájaro de mal agüero.

Pasó sobre nosotros como una bala y se elevó. Pero no fue muy lejos. Permaneció en el cielo, dando vueltas, con un amenazante zumbido que se incrementó de manera súbita.

Ladeé la cabeza para mirar a las alturas. Durante un lapso infinitamente corto de tiempo no vi nada, pero después me estremecí.

Había cuatro. El de reconocimiento y tres más.

Tres aviones de bombardeo. Los “ceros” japoneses. Volaban a inconmensurable altura en forma de “V”. Repentinamente uno de ellos “picó” sobre un ala, y en el acto le siguieron los otros dos mientras que el avión de reconocimiento seguía zumbando en las alturas.

Escondí la cabeza entre los brazos y esperé con el corazón en un puño.

¿Nos habían visto?

Apenas si tuve tiempo de formularme la pregunta, cuando un horroroso estallido amenazó con romperme los tímpanos.

Después la tierra pareció abrirse en un volcán de fuego, cascos de metralla, árboles arrancados de cuajo, humo y polvo, mezclados con trozos de roca y ladrillos Luego reinó un extraño silencio roto por el poderoso zumbido de los motores.

No siguieron bombardeando más, pero dieron algunas pasadas, de un lado para otro, y después se alejaron. Permanecí en el suelo, un tanto atontado por el ruido de las explosiones, con los oídos zumbándome de una manera dolorosa.

Miré hacia Lena, que estaba a mí lado. Pálida como una muerta, y a pesar de ello me sonrió.

—¿Te han roto algo, ricura? —pregunté.

—No, querido. ¿Y a ti?

Denegué con un gesto y me puse en pie, mirando en torno.

En contados segundos el panorama había cambiado por completo. Del curso natural del arroyo no quedaba nada. Los árboles estaban cortados, rotos, hechos astillas, y en el lugar del puentecillo solo quedaba un negro y humeante agujero.

Mi corazón dio un vuelco cuando pensé en el “jeep” pero milagrosamente no había recibido daño alguno.

Se encontraba semivolcado, pero aparte de eso, no había sufrido desperfecto alguno. Suspiré con alivio, y ayudado por Lena me dispuse a colocarlo en forma conveniente para que volviera a rodar.

Lo conseguíamos, cuando viniendo de nuestra espalda, un tanto apagadas por la distancia, oímos toda una serie de espantosas explosiones.

Lena palideció mirándome.

—¿Qué es eso, Cass? ¿Un nuevo bombardeo? ¿Contra qué?

No me fue difícil adivinarlo, y por lo tanto dije lo que pensaba.

—Bombardean aquellas ruinas, hermosa. Por si estamos allí.

—¿Entonces que…?

—Hay que esperar, Lena —atajé—. No quiero jugarme el pellejo si nos sorprenden en plena carretera cuando regresen a Tokio. Pueden no llevar más bombas, pero con las ametralladoras tendrán suficiente, aparte de que pueden también radiar nuestra po…

—¡Por favor, Cass, querido, no lo pongas aún más difícil! —me atajó a su vez mirándome con un gesto cansado y fatalista que no me gustó.

—De acuerdo, nena —dije—. Pero no hay que ponerse así. Verás cómo llegamos a bordo del submarino. Una vez en él, le diremos al comandante que nos una en matrimonio, y todos contentos.

Enrojeció un tanto, me miró y dijo:

—No… No es un buen lugar este para formular una petición como esa, Cass. Eso contando con… ¡Pero, Cass! ¿Es que me estás pidiendo que me case contigo?

—¿Y si fuera así, Lena? —repliqué.

—Si es así, te responderé en el submarino. No te olvides de volvérmelo a decir.

Iba a contestar, cuando la tomé de un brazo y ambos nos lanzamos al suelo.

El ruido de los motores de los aviones se estaba acercando a fantástica velocidad. Pero pasaron de largo, hacia Tokio.

A pesar de eso no me moví en un buen rato. Después me puse en pie, me acerqué al “jeep”, subí acomodándome frente al volante y esperé a que Lena lo hiciera a mí lado.

Empezamos a devorar millas, sin un solo tropiezo, cosa que me hacía pensar.

A mi lado, Lena, con la metralleta entre las manos, observaba ambos lados de la carretera.

Seguimos devorando millas sin el menor tropiezo, y aquello cada

vez me escamaba más, hasta que repentinamente una idea me golpeó el cerebro.

Me estremecí sin poderlo evitar, consciente, seguro de que ya sabía el por qué no tropezábamos con ningún japonés, ni los aviones nos buscaban de nuevo.

Solo había dos explicaciones posibles, que estaban seguros de haber acabado con nosotros en uno de los dos bombardeos, o que nos estaban esperando en los acantilados.

Yo, particularmente, me inclinaba por lo segundo.

Pero no se lo dije a Lena.

Todo lo contrario, mientras conducía con una mano saqué con la otra el plano del bolsillo y lo puse sobre sus muslos.

—Mira a ver si hay algún camino secundario, querida —dije—. No deseo, a ser posible, pasar por Yokohama.

Evitamos la población, y al atardecer estábamos encima de los acantilados.

Detuve el “jeep” y descendí de él para acercarme a uno de los lados cortados a pico sobre las olas, seguido por la mirada curiosa de Lena.

En unos segundos estuve de nuevo a su lado.

—Baja de ahí, cariño —dije—. Vamos a despeñar el “jeep” por aquí. Creo que es lo mejor.

Lo hicimos así, y cuando el vehículo se hundió en el agua, nosotros nos internamos por entre las agrestes y resbaladizas rocas.

Por fin a nuestros pies quedó la solitaria y blanca playa, cuando ya las primeras estrellas empezaban a brillar en el cielo.

CAPÍTULO XV

—¿Qué hora es, Cass?

Sonreí en la oscuridad.

—Las once, Lena.

Era la quinta vez que preguntaba la hora en menos de quince minutos.

—¡Todavía faltan sesenta minutos, Cass! —suspiró.

La miré.

Acurrucada junto a mí, con las manos crispadas en la metralleta y los ojos perdidos en la inmensidad del mar, o en la blanca arena de la playa.

Tal vez pensaba en lo mismo que yo. En que si se presentaban de nuevo los japoneses, nos iba a ser imposible salvar aquellos pocos metros hasta el agua.

Nos barrerían antes desde los acantilados que ahora ocupábamos nosotros.

Seguía pasando el tiempo lento y monótono. Abajo, las olas estallando en cataratas de espuma contra las rompientes.

—¿Qué hora es, Cass?

Consulté de nuevo el reloj, y di un suspiro de alivio.

—Las once y cincuenta, tesoro. Faltan diez minutos.

Achicó los ojos tensándose como un manojo de cables de acero y miró las aguas.

La negrura de la noche lo envolvía todo. Era imposible determinar si había algo un poco más allá, playa adentro.

Los minutos seguían pasando, angustiosos ahora.

—¡Cass!

Le tomé del brazo y noté sus uñas en mi carne. La miré.

—Cass —repitió—. ¿Qué hora es?

—Las doce.

Apretó más sus uñas en mi brazo. Me hizo daño, pero no pude decir nada ya que ella habló repentinamente.

—Están ahí, Cass. Los japoneses. En las rocas, encima de nosotros. No preguntes cómo lo sé, pero estoy segura de ello. ¡Oh, Cass! Tu linterna, ¿la tienes ahí?

Saqué del bolsillo la lamparilla eléctrica y se la entregué, intentando con ello calmarla un poco.

La encendió hacia las aguas. No para mirar, sino para lanzar señales

con ella, una y otra vez, guiándose por un código que solo ella sabía.

—¿Se ve algo, Cass? —preguntó después.

—No, Lena. No se ve nada.

Volvió a hacer señales.

Repentinamente estas se interrumpieron cuando el tableteo de una metralleta rompió el silencio de la noche en mil trágicos fragmentos. Me lancé sobre ella, derribándola al suelo. La linterna quedó encendida y la apagué de un patadón.

Después enfilé la metralleta y contesté al fuego ayudado por Lena.

Pero aquello era el fin. Las esquirlas de roca volaban en torno nuestro en todas direcciones, las municiones amenazaban con agotarse de un momento a otro.

Lena me miró y vi su rostro crispado entre llamaradas de disparos.

Oí gritos en las alturas. Algunos me parecieron de agonía, maldiciones en todos los tonos. Mi metralleta dejó de disparar. El "peine" estaba agotado por completo. Rebusqué en los bolsillos. Solo quedaba uno.

Lo puse y disparé de nuevo no deseando mirar a Lena para no ver su cara de angustia.

Pensaba en la muerte.

En la muerte en los japoneses que no tardarían en descolgarse por las rocas para ensartarnos con sus bayonetas.

Disparando perdí la noción de todo. A Lena debió ocurrirle algo parecido.

Tal vez por eso ninguno de los dos advirtió, allá en la distancia, a nuestra espalda, cómo las aguas del Pacífico se abrían para dejar paso a una alargada y siniestra masa, y cómo después, de esta se despegaba una lancha de goma, y unos cuantos "marines", al mando de un oficial, empezaban a remar hacia la playa.

La primera noticia de ello la tuvimos Lena y yo, de una forma harto efectiva.

Primero fue un tenue zumbido que fue creciendo en intensidad de una manera infinitamente rápida. Luego, por encima de nuestras cabezas el aire se desplazó violentamente, y casi en el acto, cuando el zumbido era más potente, se vio cortado en seco. Después vino la pavorosa explosión, y encima nuestro, en las crestas de los picachos, las rocas volaron en mil pedazos.

Un nuevo zumbido vino del mar. Miré hacia atrás, y aún logré ver la roja y larga llamarada. Comprendí al punto que la batería del submarino estaba abriendo fuego contra los acantilados.

Solté la metralleta y tiré de Lena.

—Vamos, ricura —grité entre aquel infernal caos—. Los nuestros

están ahí. ¡Pronto, hacia la playa!

Había lágrimas en sus ojos cuando empezó a descolgarse por entre las grietas y fisuras del terreno, mientras yo, recogiendo la metralleta que había soltado, procuraba cubrirla con mis disparos.

Fue cuando llegábamos a la playa, cuando el submarino empezó verdaderamente a atacar. Un infierno de llamas y metralla se desencadenó en los acantilados, mientras que los proyectiles, los obuses, zumbaban sobre nuestras cabezas.

Lena alcanzó la playa en el mismo momento en que la lancha de goma atracaba en la orilla. El grupo de "marines" se disgregó por la misma, abriéndose en abanico, disparando con las metralletas hacia las alturas, mientras dos de ellos se servían de un "bazooka".

La vi subir a bordo y entonces retrocedí sin dejar de disparar. Después volví la espalda al enemigo y corrí hacia los que cubrían mi retirada con sus armas.

Fue al llegar cuando me alcanzó una bala. Noté un fuerte golpe en una pierna y rodé por el suelo. Antes de perder el conocimiento, hasta mis oídos, y a pesar del estruendo de las armas, oí el grito lacerante de Lena.

Después nada.

Cuando lo recobré, estaba en el interior del submarino, el cual navegaba a toda máquina, entre dos aguas, en dirección a Pearl Harbour.

Fue al día siguiente, cuando Lena me visitó.

Y fue entonces cuando hice la consabida pregunta:

—¿Quieres casarte conmigo, Lena? —dije.

Me miró largamente y al fin replicó:

—No, Cass. Ahora, no.

—¡Lena! Dijiste que…

—Y es verdad, Cass. Estoy enamorada de ti, pero no deseo casarme contigo, al menos por ahora —y acto seguido se explicó—. Creo… Creo, Cass, que estás un tanto influido por estos sucesos. Dejémoslo estar por algún tiempo, querido.

En Pearl Harbour nos separamos, y ya no volví a verla hasta que acabó la guerra. Pero antes, después que salí del hospital, tuve que presentarme ante el teniente coronel Presley.

Se levantó al verme entrar y me tendió la mano. Mano que no estreché en modo alguno. Después nos pusimos a hablar. Hablé y dije muchas cosas. Unas que se podrían escribir, y otras, las más, que más vale no recordar siquiera.

Había visto mucho durante aquellos días en el Japón, y había perdido más. Por lo tanto no me importaba tener que enfrentarme con

un Consejo de Guerra por faltar a un superior.

Sin embargo, no fue así. Lo que nos dijimos, quedó entre los dos, y nada más.

Finalmente acabó la guerra con la rendición del Japón el día 14 de agosto de 1945.

Pero fue después, mucho después cuando vi a Lena. Repetí la pregunta.

La respuesta fue:

—¿Estás seguro, Cass?

Pensé que no hacía falta afirmarlo. Por lo tanto la tomé entre mis brazos y la besé. No hubo más. Aquel mismo día, con una licencia especial, nos casamos.

Hoy tenemos una parejita de niños. Niño y niña, que me tienen la cabeza como un bombo. Los restos de Katinka San, alias Yeddo, alias Mikito Yamoto, *ALIAS* mi primera esposa, reposan el sueño de los justos en nuestro panteón familiar.

Pero es ella, Lena, quien les explica a nuestros hijos, que fue una gran mujer. Una mujer japonesa que dio la vida, prestándose a una gigantesca farsa, al hacerse pasar por espía japonesa cuando era todo lo contrario, y al permitir, porque el Alto Mando de los Estados Unidos se lo pidió, prestarse a un simulacro de Consejo de Guerra, con el consiguiente simulacro de fusilamiento, para veinticuatro horas después ser lanzada sobre su propio país, desde el cual, colaboró con los Estados Unidos, hasta que encontró la muerte.

FIN

Keith Luger

Un vestido lleno de sangre



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.


MINI
libros
Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato
MINILIBROS
serie Oeste
4
ptas.
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



Marina Vlady



Su verdadero nombre es Marina Poliakoff, de origen nórdico, nació en París el 10 de mayo de 1938. La hemos visto en "La bruja", "Días de amor", "Idilio en el castillo", "Sofía y el crimen", "Eva", etc.

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain
N.° 1531

Notas

[←1]

Puerto de las Perlas.

[←2]

La primera capital del Japón, se llamó Kyoto.